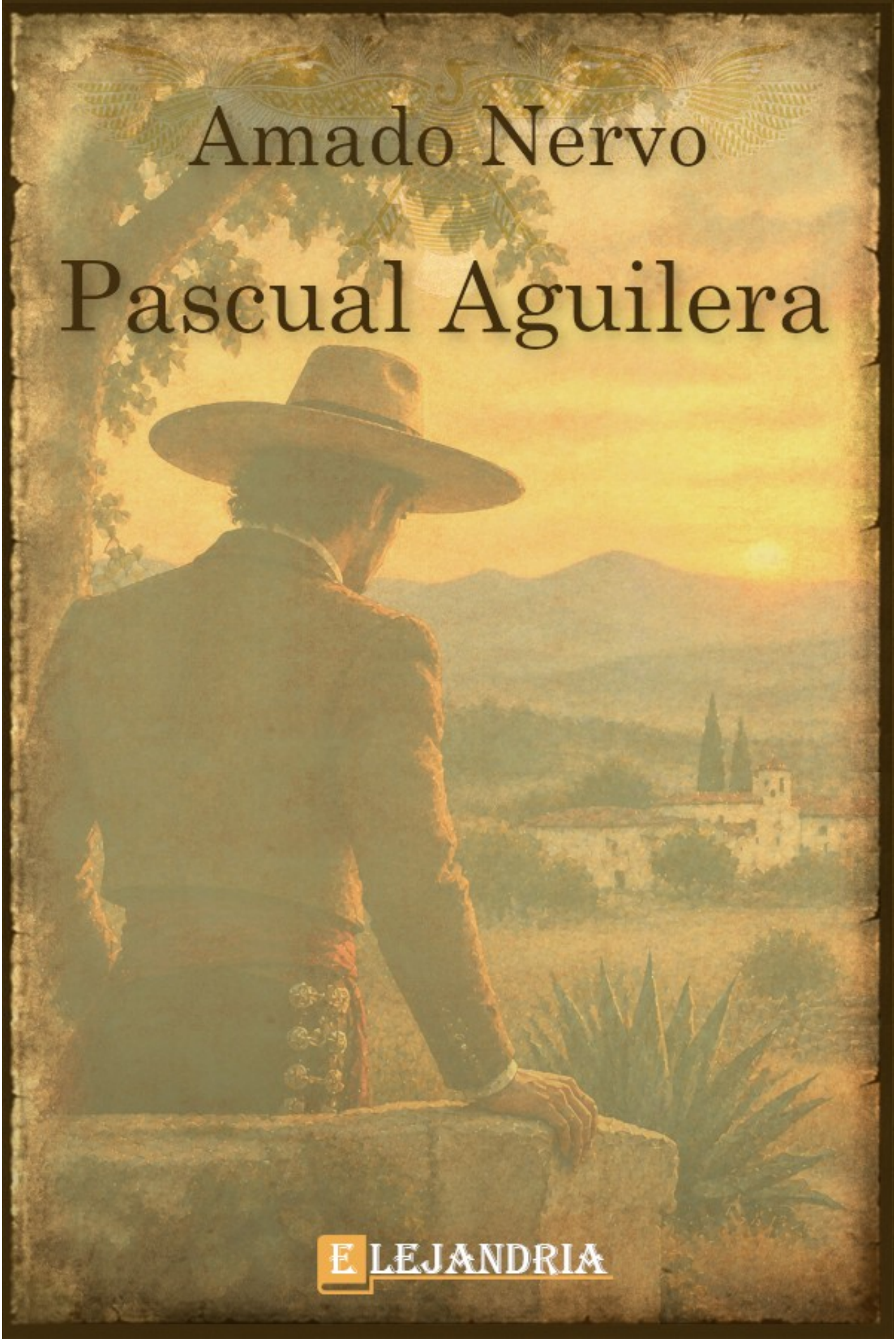
Amado Nervo

Pascual Aguilera



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Pascual Aguilera

Amado Nervo

Publicado: 1891
Fuente: archive.org
Edición original: Obras completas, vol. VI,
Biblioteca Nueva, Madrid, 1920

PRÓLOGO

Escribí estas páginas a la edad en que, según Gautier, se estila «el juicio corto y los cabellos largos». Una reciente y prolongada comunión con el campo y la vida rural de México, puso en ellas olores fuertes, no hechos quizá para el olfato delicado de las vírgenes: la naturaleza es así, noblemente impúdica. *In illo tempore* amaba yo los períodos extensos, los giros pomposos, el léxico fértil, y me enamoraban las ideas revolucionarias por el simple hecho de serlo: que lo anterior sirva de norma a quien sorpresas halle al aventurarse por la selva virgen de mi libro.

Mucho tiempo yació este en un cajón, y allí lo hubiera encontrado tal vez algún día una mano indiferente, para librarlo al viento, al fuego… o al almacén de ultramarinos. Mas recordando que fue escrito con amor y entusiasmo, de acuerdo con el paisaje que me rodeaba, y que si hay en él rudezas y colores vivos, son los vivos colores y las rudezas de mis trópicos, pensé que mereciera mejor suerte, y el Editor se la deparó más que buena, presentándolo al público vestido de gala.

Tal es la breve historia de Pascualillo; y como los prólogos no me gustan ni para remedio, vuelvo la hoja y dejo al lector que apechugue, si a tanto se atreve, con mi prosa, pidiéndole perdón por mis yerros.

LIBRO PRIMERO

I

Parecía celebrarse la glorificación de la mañana.

Enviaba el sol una lluvia de fuego al valle y mil puntos luminosos y cristalinos danzaban en la atmósfera húmeda, como si centenares de alas de cínifes palpitasen en el aire.

En la medianía de la extensa llanada que limitaban pedregosas lomas, eslabonándose en circular cadena, la ranchería, formada de jacales de cónica techumbre, entre los que mostraban su rojo leproso algunos tejados, se agrupaban en rededor de la casa de la hacienda y de la capilla pegada a esta.

Era la casa antiguo edificio solariego, de altos, sustentado en macizos sillares berroqueños, con anchos portales en la planta baja, con un corredor en la fachada de la alta, con vasto jardín en el patio central y amplios corrales y establos anexos.

La capilla, levantada a la derecha, de tal suerte que su única nave formaba como una prolongación a los portales, era pequeña, limpia, y la coronaba una torrecilla de dos cuerpos, rematada por un cono de pizarra: hopa obscura sobre la cual una cruz de hierro rasgaba el azul con sus brazos protectores.

Empezaba Abril, y en los campos que se extendían al oriente del caserío, los trigales en sazón eran piélago de oro que, mansamente encrespado por el viento, fingía al agitarse rubia ola que iba a morir sobre las faldas de las lomas.

El resto de las tierras, abiertas al Occidente, al Sur y al Norte, se dividía en zonas varias, pastosas unas, y otras negras y trabajadas por la yunta que preparaba la siembra del maíz. En las primeras correteaba la yeguada y pacían o rumiaban lentamente las vacas, agitando a compás el rabo perezoso y fijando sus grandes ojos llenos de placidez en las ternerillas y en los becerros retozones, que hacían ya ímpetus de triscar.

En los cerros, entre el agrio y arisco pedregal, los cazahuates de cenicienta corteza y blancas y desairadas flores, movían suavemente sus ramas; las nopaleras, erizadas de tenues espinas de cristal, mostraban en los cantos de sus pencas racimos de tunas de un rubro vivo; los órganos erguían sus brazos estriados, pulposos y rectos, de color verdeobscuro, fingiendo candelabros de pórfido en inmovilidad completa; y entre unos y otros, encaramándose a las peñas, ramoneando el salvaje pasto y lanzando de tiempo en tiempo su trémulo balido, los rebaños de chivos daban movimiento al huraño paisaje, y asomando por entre las peñas los cuernos retorcidos y el hocico exornado de niveo toisón o de leonadas bellotas, hacían pensar en los faunos caprípedes que paseaban su lujuria por los bosques de la antigüedad.

Los naranjos del jardín, cribados por el sol, estrenaban vestido, de un verde lleno de matices, desde el tierno de los retoños satinados hasta el obscuro de las hojas adultas.

Era el tiempo del azahar, y como mariposas de nieve salpicaban el follaje los corimbos de flores y botones, difundiendo en rededor penetrantes aromas.

Los tulipanes estaban también llenos de cálices que colgaban de las ramas como campanillas de coral o se erguían como copones de fuego.

Las libélulas azules, verdes o rojas, batían sus diáfanos élitros de gasa entre las flores, e intoxicadas de perfume y de rocío, se posaban en los nectarios lozanos.

Los gorriones zahareños, espantados por el chicote de los muchachos pajareros que vigilaban los trigos, objeto de su avidez insaciable, iban a refu-

giarse un punto en el tejado y acechaban desde allí a las libélulas, charlando como unos descosidos, a coro con las golondrinas que en los aleros comadreaban sin descanso, sacudiendo la seda joyante de sus alas.

De vez en cuando hendía los ámbitos del patio, como flecha de obsidiana, algún escuálido zanate que iba a posarse en el caballete del techo, oteando goloso los graneros.

El panorama, visto desde lo alto de una loma, habría embelesado a un colorista. Era pomposo y opulento bajo el cielo limpísimo, cielo mexicano, que combaba su zafiro infinito, formando el palio de aquella magnífica naturaleza en primavera.

—¡Muchacha, que te caes! —gritó un vozarrón de hombre en el jardín. Y a él respondió, entre el follaje de alto naranjo, una risotada que campanilleó en el aire como armonioso timbre de plata.

—¡Que te caes, atrevida! —repitió la voz.

Y un mocetón de veinticinco años, de semblante sesgo, pelirrubio, colorado y pecoso, cascorvo y desgarbado, avanzó al propio tiempo en dirección al tronco, haciendo resonar las cadenillas de metal de su pantolonera y de su chaquetón.

Agitáronse rápidamente las ramas del árbol y, como un sol de un mar de esmeralda, surgió la cabeza más linda que pueda verse, y buscando con risueños ojos al que se acercaba, clamó a su vez:

—Que se retire para que me deje bajar; no quiero que me vea las piernas.

El charro, que se había arrimado al tronco y alzaba los ojos intentando columbrar entre las frondas los encantos que se le vedaban, se retiró algunos pasos, murmurando:

—Ya no te veo, muchacha, ya no te veo…

—Tápese los ojos —insinuó ella.

—Ya están.

—Bueno, pues allá voy.

Oyóse un rápido crujir de hojas; luego, la voz exultante de la moza, que canturreaba:

San Miguelito, santo bendito:
dame la mano, que voy a brincar;

después, la del charro, que respondía:

¡Brinca, muchacha, no te has de matar!

y, por último, rumor de faldas que azotaban el aire, seguido de una segunda risotada al pie del naranjo.

Ya en tierra, extendió la moza su blanquísimo delantal de lienzo, que había plegado con una mano para saltar, y mostró complacida al joven un montón de azahares frescos, diciéndole al propio tiempo:

—¿Qué tal, eh?

—Muy bonitos.

—Huela y verá.

Y le alargaba, cogido de las puntas, el delantal.

Hundió en él con voluptuosidad el charro la rubicunda cara, y aspiró, con aspiraciones de fuelle, el vigoroso perfume que mareaba. Cuando levantó la frente, a que se había agolpado la sangre, se leía en sus ojos brillantes, en su nariz aliabierta, en su boca de gruesos labios, una sensación tal de libidinosidad, que la muchacha, que le miraba sonriente, se ruborizó.

¡Qué guapa era! Con su cabeza de rizos negros, que en las sienes se enroscaban graciosamente como volutas de azabache; con su rostro moreno y oval de Guadalupana; sus ojos de terciopelo, donde brillaba la alegría de la juventud, la alegría de la vida; su nariz de aguileño corte, admirablemente perfilada; su boca roja, breve y jugosa; sus dientes húmedos, de nacarado esmalte, y su barba hoyuelada y su busto gallardo, en que culminaban ya los senos adolescentes, sustentado por amplias caderas que acariciaban la mirada con la euritmia cadenciosa de sus líneas.

¡Qué hermosa era!

Por la cara punteada de pecas del charro pasaban todos los anhelos, todas las voracidades; y por fin, quedóse el hombre hecho un bobalicón, con los ojos inmóviles, sin acertar con una frase, en tanto que una sonrisa llena de graciosa socarronería iluminaba el rostro de la moza.

Esta rompió el silencio, murmurando con cierto embarazo:

—Ya le dicho que no me camele.

—¿Qué otra cosa he de hacer si te quiero?

—Bueno; y porque me quiere me compromete…

—¿Qué me importa ese bruto de Santiago?

—Bruto, o como usted guste, es mi novio, se ha de casar conmigo y no es regular que le haga sufrir. Además, me cela mucho; ya usted conoce su natural, y estas pláticas no le gustan ni tantito. Conque *¡cuele* de aquí!

—No. ¡Que rabie! ¿No soy yo el amo? ¿No vives en mi casa?

—Sí, pero en calidad de depositada.

—Lo mismo da.

—Para usted que quiere *comerse el mandado*, sí: para mí, no.

—¿Es decir, que prefieres a Santiago?

—¡Clarito! Buena tonta sería si me dejara engatusar por usted, que no se ha de casar conmigo, y a él le hiciera menos.

—¿Y por qué no me he de casar?

—Porque eso no es conveniente, niño. Usted es rico, se casará con cualquier catrina de la ciudad; una es pobre, ranchera, montaraz… ¡conque ya verá!

—Lo que veo, Refugio —dijo el charro con inflexión insinuante y avanzando dos pasos hacia la doncella, que retrocedió otros tantos hasta apoyarse en el tronco—, ¡es que te quiero! Te quiero y no he de permitir que me ganen por la mano, ni he de ver con calma tus trapícheos con Santiago. Tú comprenderás que mi madre se opondría a nuestra boda; y luego, que esta causaría sorpresa a la gente de la hacienda, que sabe lo de tu matrimonio. ¿Para qué armar, pues, bronca? ¿Qué se te quita con quererme así, a secas? Más te valdrá que pedirme imposibles… No te ha de pesar mi cariño, te lo aseguro; puesto que te casas, todo quedará entre nosotros, y santas pascuas.

—¡Malas se las dé Dios a su merced, que con tan poco se contenta! —respondió Refugio con amarga ironía—. ¡Qué pedigüeño es el amo! Quiere que yo se lo dé todo… ¿Y él? Pues él me paga con promesas… ¡Nadita! —

añadió, creciéndose—: ¡Honrada me parió mi madre y honrada he de ser! ¿Se ha pensado su merced que porque una es ruda y viste de indiana no sirve más que para eso? ¡Nones! Más quiero pobreza de la buena que riqueza de la mala. ¡Bonita lucha!

—Es decir que…

—Que eso, ni esperanzas.

—¡Cuidadito, Refugio!

—¡Mírenlo! Y me retobea —exclamó la ranchera acabando de ponerse seria—. ¡Pues ahora con más ganas le repito que no y retequenó! Por Dios, que le diré a Santiago que cuanto antes arregle lo que falta, y apenas nos casemos me marcho de aquí.

—Tú sabrás lo que haces —respondió un si es no es corrido el solicitante; y volviéndole la espalda se dirigió a la casa.

Refugio le despidió con desdeñoso movimiento de hombros, y fuese a su vez al corral contiguo al patio, donde las gallinas cacareaban la reciente postura, armando ruidosísima alharaca.

Acercóse a un pesebre donde estaban los nidales y púsose a buscar los huevos.

Cuando más distraída estaba en su faena, sintió que una mano se posaba en su espalda y dio un leve grito, volviendo con rapidez el rostro.

—No te asustes, soy yo —dijo una voz varonil; y la muchacha se encontró frente a frente de Santiago.

Era este muy mozo, alto, de fisonomía morena, de rasgos altaneros, retostada por el sol y el viento; de ojos negros y vivos, melena alborotada y labios gruesos y lampiños, abiertos casi siempre por una sonrisa franca. Vestía de cuero, con pantalonera abierta que dejaba ver los calzones de imperial almidonados y limpios.

No lucía, empero, la habitual sonrisa en su faz en aquellos momentos. Miraba el mancebo a su novia con torva mirada, y mondábase las uñas con movimiento nervioso y poco tranquilizador.

Refugio, inquieta, se apercibió a la tormenta, que no se hizo esperar.

—Ya te vide —dijo con sequedad el ranchero.

—Nada malo verías.

—Lo que no sucede en un año…

—Cuando una no quiere, qué capaz que suceda nunca.

—Oye, Refugio —exclamó Santiago con ira reconcentrada—, si se ha pensado ese cascorvo que porque es el amo le he de aguantar, se lleva chasco. Ser uno pobre, haber de servir y luego que le quiten a uno su hembra… ¡que no puede ser! ¡Y lo que más me encoleriza es que yo mismo traje la paloma a las uñas del gavilán, confiado en doña Pancha, que con sus avemarias, sus misas y sus pláticas con el cura cree que se arregla todo, mientras a furto de ella hace su hijo lo que hace! Yo me tengo la culpa. ¡Quién me mandó fiarme de esa beata! Pero ya lo verás, ya lo verás… Lo que es a mí…

Y avivaba la rudeza de su lenguaje con gestos significativos.

—¡Huy! ¡Qué feo te pones cuando te enojas! —dijo Refugio pegándose a él con arrumacos de gata zalamera, mimosa y confiada—. ¡Eh! No hagas *refilión*; tranquilízate, hombre, que ni el amo ni el *Sursum Corda* en persona me asustarían. ¡Cuando yo quiero, quiero! Y me sobra alma para reírme de todos los cascorvos del mundo… Vamos, que se te baje la sangre —añadió pasándole por el recio tórax la palma de su mano derecha, en tanto que la izquierda sostenía aún el delantal, donde en amable compañía con los azahares yacían los «blanquillos», tibios aún, que había juntado.

—No me llamo Santiago —afirmó este por vía de epílogo— si no arreglo en la semana el caserío. Lo que es a mí…

E inclinando su altiva frente, quemó los labios de Refugio con un beso rápido y tronado.

Acercóse después a la tapia, la escaló ágilmente, y saltó al campo, perdiéndose a poco en el trigal, que columpiaba el viento.

Refugio tornó a la casa con sus azahares y sus «blanquillos», cantando. Y a su acento, deliciosamente timbrado, hacían coro el palique ruidoso de las golondrinas y el taimado cacarear de las ponedoras, que pregonaban su fecundidad.

II

Doña Francisca Alonso, viuda de Aguilera —doña Pancha, si hemos de darle el tratamiento que la daban los lugareños—, era, en opinión de don Jacinto Buendía, vicario de la hacienda, una santa, una paloma sin hiel, una mujer fuerte que de seguro se iría al cielo con zapatos y todo. Pertenecía a esa familia de matronas cristianísimas, prudentes, hacendosas y longánimas para con los desheredados que, como alguna vez decía don Fructuoso, viejo labrador que en sus verdes mocedades estudió Medicina y a quien ya se comió la tierra, van desapareciendo, por desgracia, en México, dejando en su lugar a esa turba de hembras descriadas, anémicas y vanas como las nueces tempraneras, que sostienen con el andamiaje de emulsiones y vinos reconstituyentes el valetudinario edificio de su salud, y ponen de manifiesto a cada paso su endeblez moral, más lamentable aún que su desmedro orgánico.

Doña Francisca se educó de la manera que se educaban, allá por la quinta década del siglo, las mujeres: con sobra de severidad y total ausencia de mimos. Enviáronla temprano a la escuela a que aprendiera el Catecismo, la urbanidad, tantico así de Gramática y Aritmética, no más de escritura: lo necesario apenas para escribir su nombre, —pues en aquellos benditos tiempos se prefería que nuestras mujeres no garrapateasen dos palabras con tal de que no pudieran cartearse con el novio,— y algo y aun algos de costura y bordado.

Concluida esta rudimentaria enseñanza, se aplicó por entero a las tareas domésticas, y aun cuando era rica, no le escatimó su madre los trabajos, poniéndola al frente del gobierno de la casa. Iba a la cocina para aprender a guisar; sacudía cuando menos su pieza; distribuía el gasto, y en los ratos libres, bordaba pecheras de batista para su señor padre, y corporales y palios para la iglesia, con historiadas combinaciones preparadas por el punzón, las primeras, y con cifras prolijas, los segundos; o bien se dedicaba a prácticas piadosas, rezando, haciendo limosnas y trabajando hilas para el hospital.

Muy de mañanita, arrebujada en negro mantón de seda los días ordinarios y en grueso y pesado tápalo de damasco los feriados, sin más adorno que la tunicela de gran respingo, acudía a misa, repitiendo con el celebrante las

oraciones desde el *introito* hasta el *Ite misa est*, merced a su gran eucologio; y vuelta a su casa, ya no salía, teniendo por solaz y esparcimiento único sus pías lecturas, el cultivo de sus flores y el cuidado de sus canarios, clarines, zenzontles y mirlos.

Por la tarde, luego que el toque de oraciones estremecía el diáfano y sereno espacio, ella y su madre rezaban el Ángelus y el Rosario, con *muchos sobornales*, y a renglón seguido disponían la cena en el austero y vasto comedor, amueblado con balumbosos armarios pintados de verde, donde se guardaban los cubiertos de plata, la vajilla exornada con el busto del narigudo Don Fernando *el Deseado*; los anchos tibores del Japón, que trajo la nao de Manila, colmados de frijol, garbanzo, arroz y lentejas, y los platones de grecas y paisajes convencionales, muestras de la mejor cerámica del siglo pasado.

A las ocho en punto, el jefe de la familia, terminada la tertulia con el español «abarrotero» de la esquina, llegaba a casa y se dirigía incontinenti al comedor, donde se le aguardaba; y tras el *benedicite* reglamentario, se sentaba a la mesa y cenaba despacio y fuerte la invariable carne asada de «diezmillo con chilaquiles», condimentando la pitanza con sencillas pláticas con su mujer, asuntos predilectos de las cuales eran: el cariz de las siembras, las penurias municipales, las diversas fases de la explotación territorial —dirigida por ambos cónyuges con esa habilidad instintiva en las viejas familias de provincia—, los pronunciamientos y cuartelazos en boga y la ingenua chismografía local. En tales departimientos no alternaba Francisca por respeto, y concluida la cena, el viejo labrador poníase en pie y tendía la diestra a su primogénita, que la pedía con estas palabras:

—¡La mano, señor padre!

A las que el viejo respondía:

—Que Dios te haga una santa, hija.

En seguida, la joven íbase a su alcoba, rezaba sus oraciones de la noche y se dormía apaciblemente en su gran cama de palo, cubierta por amplios cortinajes, —pabellón albeante que velaba los frescos encantos de aquella doncellez.

Una hora más tarde, todo el mundo dormía en la casa; y en amaneciendo Dios, el viejo dejaba el lecho marital, se vestía con diligencia y pasaba al

comedor, donde ya le tenían preparados ancha jícara de chocolate y rebosante vaso de leche coronada de espuma.

Terminado el desayuno, salía al patio; allí le aguardaba, ensillada y enfrenada, su mula favorita —una retinta poderosa y pasilarga—; cabalgábala, y a buen paso salía rumbo al rancho, de donde tornaba al atardecer.

Por campanada de vacante hacía Francisca una visita a la madre Angustias o a la madre Mercedes, del convento de capuchinas o de teresas, ya para encomendarles una necesidad, ya para enviarles por el torno alguna limosna, a que las madres solían corresponder con rosarios benditos de Jerusalén, estampas, escapularios y frutas de horno; ya para entablar con ellas sencillo palique en el locutorio acerca de los acontecimientos religiosos, durante los cuales rompía únicamente su clausura y mostraba más viva devoción, asistiendo de gran mantilla a la procesión del Corpus, a los oficios del Jueves Santo y al pésame del Viernes, enviando de antemano sus pájaros a la iglesia, para el monumento y el Monte Calvario, y llevando siempre flores al divino Preso que se exhibía en el bautisterio, convertido en aposentillo, al son de flautas plañideras.

Vida tan austera e interior hizo a la muchacha un si es no es melancólica y reservada; pero con una melancolía mansa y sonriente, con esa melancolía que Víctor Hugo define: «el placer de estar triste», y una reserva paliada por la natural bondad de su carácter. Puede decirse que era, como todos los seres verdaderamente virtuosos, implacable consigo misma en tratándose del deber y tolerante con respecto a las faltas de los demás. Por otra parte, conocía tan poco el alcance de la maldad humana, había tropezado siempre con gentes tan buenas, que sus juicios, hijos de un talento claro, aunque parcamente cultivado, guiábanse por un optimismo consolador. Jamás el simún de las pasiones conmovió su organismo, perfectamente equilibrado. No conocía los grandes amores ni en las novelas, porque no leyó, debido a la cautela maternal, ni *Atala*, ni las ficciones de Walter Scott, ni *Pablo y Virginia*, que de tan amplia hospitalidad gozaron en los hogares mexicanos.

Los libros devotos, que componían la piadosa biblioteca de su madre, sí le hablaban de exaltaciones sentimentales; mas de exaltaciones de santa caridad, muy otras de las pasiones mezquinas de la tierra.

Cierto es que la iluminada de Ávila en modo tal adolecía de amor, que, según las palabras del maestro Luis de León, «el ardor grande que en aquel

pecho santo vivía salió como pegado con sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan». Cierto es igualmente que el *Corderuelo de Asís* se consumía en inextinguible fuego de caridad, hasta iluminar con flamígeros fulgores el cuarto en que con Santa Clara «departía de las cosas de Dios». Y no menos verdadero que la «Baronesa de Chantal» pasó sobre el cuerpo de su primogénito para seguir al Esposo, que le hacía fuerza. Pero transportes tales había aprendido Francisca a hallarlos justos y lógicos, puesto que se hacía objeto de ellos a la misma Divinidad que, según la feliz expresión de San Lorenzo Justiniano, siendo sabiduría infinita «por la magnitud de su amor a los hombres se había vuelto insensata»; y sin intentar imitarlos, por humildad, tampoco pensó en parearlos con los transportes del mísero amor humano: que no es comparable, como en la pomposa lengua vernácula le enseñaban sus libros, la flaca hoguera que basta apenas a calentar los miembros ateridos del viandante con la hoguera inmensa del almo sol que invade, llena y penetra con su calor vivífico todo el enjambre de los mundos y se mantiene en medio de los espacios ilimitados, como imponderable luminar prendido al domo de zafiro de los cielos; ni comparable es tampoco la linfa clara que resbala con música igual por los guijarros pulidos y multicolores de su cauce sombreado por la verde opulencia de las hojas, al mar Océano, que dilata sus llanuras infinitas y perennemente palpitantes, desde las blancas playas hiperbóreas hasta las tostadas riberas tropicales.

Acaso, si en el medio sencillo y restringido en que se había educado la joven, surgido hubiera una de esas pasiones volcánicas y fatales, tan traídas y llevadas por el asendereado lirismo romántico, la sugestión de Eros llegara hasta aquel corazón sano, más susceptible que cualquier otro a la influencia ambiente; pero ni se habló jamás en la ciudad de pasiones de esta laya, ni aun cuando hablado se hubiera oyera ella el relato, en el retiro semiconventual en que vivía como todas las jóvenes sus coetáneas.

Los sueños profundos traen, empero, aparejados bruscos despertares; tarde o temprano la plétora vivífica de una sangre rica en glóbulos rojos se desborda hinchando las venas y asciende al rostro coloreándolo con el color de la fiebre y del deseo; y quizá la muchacha fuera un día presa de ese brutal despertamiento que sucede a aquel profundo sueño, o de ese golpe inopinado de deseos que sigue a esa expansión de savia virgen y opulenta; mas de todas maneras, la hora no había llegado, y Francisca pasaba por la vida

como las mujeres incoloras y diáfanas de las baladas del Norte por las riberas de los lagos azules, sin dejar una huella ni proyectar una sombra.

Cuando cumplió diez y ocho años, pensaron en casarla. No era hermosa y aun se notaba en su faz, de un blanco mate, y en sus ojos, de un azul claro, ojos de vidrio, una total ausencia de expresión. Sus formas no hacían alarde alguno de morbidez: era delgada, aunque robusta, y se presentía que la edad la tornaría enjuta y apergaminada. Sus cabellos, de un rubio uniforme, sin matices, sin quebraduras, se tramaban sobre sus espaldas en trenza florida, pero sin encantos. Carecía por completo de coquetería, de flexibilidad y de esbelteces; no había en sus movimientos esa rítmica languidez llena de voluptuosidad, esa cadencia, ese garbo ingénito, merced a los cuales nuestras trigueñas de la costa desencadenan los deseos; sin embargo, era tal el tranquilo señorío de su actitud, tales eran el candor y la serenidad que de ella emanaban, que esto, unido a su juventud firme y a su hacienda, no menguada, inclinó y domeñó la voluntad de don Pascual Aguilera, el que fue su esposo (que gloria haya).

Don Pascual ya peinaba la edad de Cristo y era oriundo de la misma ciudad. En sus verdes años —no de otra suerte que los jóvenes sus compañeros que, como consecuencia de aquel medio que tan pocas distracciones ofreciera, rendían culto, que solapaba la cautela, a las mozas de menor cuantía — calavereó recio y tupido, ejerciendo sus depredaciones preferentemente en el accesible gremio de las «gatas» o doncellas de servir. Acaso se excedió algo en sus placeres, y ellos le dejaron como reliquias, primero, cierto agotamiento nervioso, y a últimas fechas, un hijo espurio, al cual su madre, que pronto despejó de la vida, al cristianarlo llamó Pascual, con voluntad manifiesta de que el nombre y apellido del vástago proclamasen la cepa, hidalga para ella, de donde procedía. Mas fue esta la última aventura de Aguilera. El otoño se iniciaba con asomos de calvicie y patas de gallo que prolongaban las comisuras de los párpados, y don Pascual vio que era tiempo de amainar y dar con su averiada barca en el tranquilo golfo del matrimonio. Cambió, pues, de procederes, y abonado ya como hombre de pro entre sus conciudadanos, pudo llegar por la vía legítima al lecho de doña Francisca, —previos nueve días de ejercicios espirituales que se recetó la novia y quince días de castidad que le recetó al novio, a partir del de las bodas. No fue obstáculo para estas el vergonzante retoño, a la sazón de dos años de edad, pues mediante la venia del confesor de la desposada y patente el pro-

pósito de enmienda del contrayente, doña Francisca se comprometió, llevada de su caridad, a servir de madre a aquel fruto de un vientre plebeyo, y a amarle como suyo.

No hizo ascos la joven a este matrimonio que aprobaban sus padres, en primer lugar, porque don Pascual, sin despertarle fibra alguna, no le era antipático, y en segundo, porque cualquier marido le venía a su guisa; puesto que sus padres, tarde o temprano, habían de abandonarla en este valle de lágrimas, era claro que debía buscar un apoyo, casarse y llevar una vida cristiana, amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí misma.

Como si sus progenitores no esperasen más que su colocación definitiva en el estado que le convenía, se le murieron casi al mismo tiempo, el viejo, de congestión cerebral, provocada por las criadillas de que se atiborró en unas capazones, y la vieja, de una pleuresía, para la que no valieron punciones, y que atrapó al salir de unas vísperas.

Quedóse, pues, la moza huérfana, mas al amparo de su esposo, y bien acondicionada, porque la hacienda de la Soledad valía hartos dineros, la casa paterna era maciza y amplia, y además don Pascual contaba con haberes saneados y no escasos.

En su legítimo ayuntamiento fue doña Pancha, *mutatis mutandis*, lo que había sido en su soltería: mujer de su casa antes que todo y católica a macha martillo, por temperamento y por idiosincrasia. Suprimió una ración a las prácticas piadosas para aumentar otra a las labores domésticas que exigía su nuevo estado, y vivió tranquila, viendo hacer a su esposo lo que había visto hacer a su padre y haciendo ella lo que su madre hacía.

No tuvo fruto aquel matrimonio, que a pesar de la perfecta aptitud que para la fecundidad autorizaban a suponer en doña Francisca sus patentes buenas cualidades fisiológicas, don Pascual, debido a los dispendios de energía vital de antaño, hogaño estaba reducido, o poco menos, a la triste condición de la higuera maldita del Evangelio; pero el lacrado retoño del ex tenorio suplió —de mala manera, es cierto— al negado fruto de bendición, siendo para la señora un verdadero *cosijo*, al cual, empero, amó con cristiana caridad, tolerándole todo lo tolerable y no desmandándose en el castigo cuando este era necesario.

III

Criaron entrambos al chicuelo como Dios manda, y así que hubo cumplido los cinco años, enviáronle a la escuela, venciendo su resistencia en parte con admoniciones y en parte con la promesa del cubierto clásico, que ostentaba esta inscripción: «Para un niño bonito»; regalo que tenía el don de poner de buen talante a los escolares reacios; mas estaba de Dios que el dómine, con el auxilio de la palmeta y demás adminículos disciplinarios, nada podría contra aquella mollera, difícil de asimilarse algo de provecho, y que temprano dio señales de un histerismo sospechoso. Solía padecer el niño grandes alteraciones sensitivas y obsesiones voluptuosas; amaba el engaño y el disimulo; mostraba celos precoces en sus cariños; adolecía de frecuentes accesos de melancolía, a los que sucedían transportes de loco júbilo; irritábase con facilidad, y era, en edad relativamente corta, dominado por un erotismo salvaje.

A duras penas aprendió el silabario: «Jesús, a, b, c, d»: el libro segundo, el Catecismo y una miaja de Historia Sagrada. En cambio, era consumado jugador de canicas y rayuela, y candidato constante al calabozo, en el cual se guardaban los mutilados trebejos de la escuela.

En aquellos buenos tiempos, las orejas de burro constituían un gran procedimiento penitenciario para los estudiantes perezosos; mas Pascualillo, ni por esas dio de sí. Casi de diario poníanle de rodillas, con las susodichas orejas aplicadas al pabellón de las de carne, en el alféizar de la única ventana de la clase, como un *ecce homo* de nuevo género, expuesto al vilipendio y a la burla de los transeúntes, y todo era en vano. El muchacho empezaba por irritarse hasta berrear y patalear a más no poder; pero a poco reía cínicamente; y cuando el maestro, rebosante de justa indignación, le decía: «No tienes vergüenza», él murmuraba de suerte que solo sus compañeros le oyesen: «Era verde y se la comió un burro».

Para hacer *nubes* con saliva y polvo de pizarrín en la pizarra era en cambio habilidoso; para armar bataholas en la clase tenía todos los tamaños necesario; ninguno disparaba con tanto acierto como él una bola de papel mascado a las narices de un compañero a quien tuviese tirria, una de esas

ojerizas inmotivadas y crueles propias de él; ninguno encalillaba con más precisión las moscas, hacía mejor el treinta y uno con la navaja o salaba a un escolar neófito con más tino. Su vozarrón de zángano sobresalía entre todos cuando los escolapios repasaban la lección a grito herido, ya para enojar a alguno diciéndole: «¿Me das a tu hermana?», o bien para canturrear el

Lero, lero, calzones de cuero,
mete la mano y saca dinero…

Era cruel con los compañeros débiles, incitábales a la riña y ponía las reglas en las manos de los contendientes, aplaudiendo cuando había descalabraduras; y como si todo esto no bastase, apenas se inició la pubertad, despertáronse en él, según se ha dicho, los más asquerosos erotismos.

El pobre dómine no las tenía todas consigo respecto al muchacho, y considerándose impotente para embridar en él tantos malos ímpetus, acabó un día por afianzarle de la oreja y llevarle ante sus padres, diciéndoles:

—Mi señor Aguilera, mi señora doña Francisca, yo ya no puedo aguantar a esta criatura… *hace chilar y medio*. Ahí verán ustedes qué medicina le aplican.

Doña Francisca, severa, sin atender a las jeremiadas del mocoso, respondió:

—Pues castíguele recio, don Estanislao; ya le dije que se lo entregaba «con nalgas y todo».

En cuanto a don Pascual, lanzando por aquellos ojos rayos y centellas, agarró al pillín de un brazo, pidió la *cuarta* y le condujo al corral.

Pascualillo, presintiendo que la zurra sería buena, y presa de un terror loco, gimoteaba más recio, exclamando:

—¡Perdón, papacito, ya no lo vuelvo a hacer!

Pero en vano: la zarabanda fue de mano maestra y tras de ella vino el encierro.

No así la enmienda. Las diabluras continuaron, y un día, el buen dómine halló a su educando en un rincón del patio de la escuela, sentado en el brocal agrietado y lleno de lama de un pozo, en intencionado palique con la

muchacha mandadera, que había ido a sacar agua, diciéndole cosas que no son para repetidas.

Poco le faltó a don Estanislao para llorar; despidió a la fámula, pescó por segunda vez al erotómano, le llevó a su cuarto, y con hondos suspiros que acusaban la desolación del ánimo recto y habituado a marchar por las vías del Señor, le dijo:

—¡Me vas a sacar canas verdes! ¿Quién te ha abierto los ojos, segundo Pedro de Urdemalas, para que hagas esas cosas? ¿Qué diría don Pascual, qué diría tu santa madre adoptiva, si supieran que, todavía con la leche en los labios, cometes actos tan pecaminosos y torpes?… Allá te lo hayas, hijo; allá te lo hayas. ¡El *cazo mocho* es muy grande, y un día de estos cargan contigo todos los enemigos malos, para atormentarte *per sæcula sæculorum* por donde más pecado hayas habido!…

Como Pascual en su casa no quebraba un plato, al parecer, siguiendo su tendencia al disimulo, que le permitía espiar solapadamente a las criadas y a su propia madrastra cuando se bañaban, y hacer otras lindezas sin que nadie se percatase de ello, Aguilera y doña Francisca estaban muy lejos de pensar que sus fechorías alcanzaban las proporciones que de hecho tenían, aventurándose por los cenagosos vericuetos de una libidinosidad tan fuera de sazón; mas a fuerza de oír las quejas del dómine, que jamás se atrevió a referir lo más pardo del caso, resolvieron retirarle de la escuela y ponerle a trabajar en la Soledad, al ojo del mayordomo, que era un hombre viejo y de confianza.

Empero, antes de cumplir este propósito, enviáronle a confesar, no sin que fuesen precisas para ello las conminaciones más duras.

El sacerdote, un santo varón muy hecho a escudriñar conciencias infantiles, se escandalizó, sin embargo, de todas veras, cuando pudo sondear un poco aquella alma torcida, que con temor instintivo y tras hipócritas omisiones se le mostraba.

—¿Pero tú has hecho *eso*, hijo de mi alma? Dios santo, ¡qué niños los de hoy!

Pascualillo había hecho *eso* y mucho más, y juzgando que el buen padre iba a aplicarle un correctivo idóneo e inmediato, se echó a gimotear, hacien-

do creer al confesor en una contrición y un propósito firme de enmienda del todo problemáticos.

La penitencia fue severa:

—Un ayuno, diez rosarios y cinco coronas a la Madre de toda pureza, para que te haga limpio como ella; y sobre todo, hijo, sobre todo, no te quedes en la cama después de haber despertado. En yéndose el sueño, ¡despabílate, y arriba! Ocúpate todo el día, que la pereza es madre de los pensamientos torpes, y evita la intimidad con personas de distinto sexo.

Con tan buenos consejos aparejado, el penitente se fue a la hacienda. Allí no dejó, era claro, sus mañas, mas se tornó en poco tiempo tan montaraz como un toro bravio.

Sentía, no obstante, afición a las campestres labores y se dedicaba a ellas con empeño. Pero en llegando las horas de ocio, a pesar del mayordomo y de todos los pesares, cortejaba a las rancheras guapas, cuya conciencia fácil e incauta no se rebelaba ante las caricias del *güero*, como le llamaban, cuantimás que este no les escaseaba los medios y los cortes de percal floreado.

Repetidas veces, al volver del campo, pardeando la tarde, sin detenerse ni aun para que los mozos le descalzaran las espuelas, íbase a tal o cual casuca para entablar insinuante plática con las Fléridas que le cuadraban, o llegar a mayores si el tiempo lo permitía; y mientras el objeto de sus deseos molía el maíz, de rodillas ante el metate, Pascual, sentado en un tronco, mirábalo con ojos lujuriosos, espiando los momentos en que el vaivén del torso de la muchacha dejaba ver los atezados y blandos globos de los senos; y, a la luz viva del fogón y acurrucado en la primitiva silla, dijérase un gnomo maligno, dispuesto a saltar sobre una presa hondamente codiciada. Su pelo rojizo color de jilote, sus ojos de un azul turbio como el de los manantiales removidos, su nariz remangada, su boca grande de labios gruesos que dejaban ver los incisivos y caninos separados, sus mejillas asperjadas de pecas que les daban el aspecto de la corteza de las guayabas, constituíanle una fisonomía de sensualidad tal, que a su lado no desmereciera un cretino.

Apenas barruntaba que el mayordomo andaba en su busca, despistábalo con habilidad suma; y cuando aquel volvía a la casa, Pascual ya estaba tranquilamente en la cocina, esperando la cena, terminada la cual el mayordomo jugaba su partida de malilla con el encargado de la tienda de rayas, a la luz

ictérica del viejo quinqué, mientras el gato barcino de la cocinera se hacía un ovillo junto al fogón, y los gañanes del servicio roncaban sonoramente; y Pascualillo, escabulléndose a lo mejor, lanzábase de nuevo a sus aventuras.

Mas cuando la vigilancia mayordomil no le permitía la escapatoria, sus noches se poblaban de imágenes impuras. A veces padecía insomnios pertinaces, y entonces, con los ojos abiertos en la sombra, excitado por la soledad y por el silencio, veía desfilar más desnudeces que todas las que turbaron las plegarias del santo Abad en el apartamiento del yermo.

Mísero retoño de un agotado y de una alcohólica, con quién sabe qué heredismos torpes, la Redención para él debía ser vana —*nulla redemptio*—. Su pecado era el gran pecado que clama al cielo y labra perpetuamente las cadenas de la humanidad; era el pecado único y fatal que no ofende acaso a una *divinidad indiferente*, pero que estanca y retiene sin remedio el progreso y la felicidad de los seres, impidiendo el perfecto matrimonio intelectual, soñado por los apóstoles de la civilización; era el nefando pecado que en vano amparará la ley con vil tercería en los tálamos de las nupcias y bendecirá el sacerdote en nombre de Dios: porque ni la ley ni el sacerdote tienen derecho de sancionar prostituciones; era el pecado que arroja a la virgen, criada entre prácticas piadosas, rodeada de solicitudes, amamantada de purezas, en los brazos del macho ávido, haciéndola perder su sola aristocracia, la doncellez; su única majestad, *la froide majesté de la femme stérile*, que dijo el poeta; y su único encanto, el pudor, en nombre de un principio estúpido: la perpetuación de la especie; como si fuera preferible que la especie continuara su vida de desolación sobre la tierra ingrata donde los clamores del sufrimiento son infinitos, a que se extinguiese inmaculada, al fin, sabia y augusta, en una sola generación, vencida ya la bestia que fue el eterno origen de su degradación y de su miseria… Su pecado era, en fin, el espíritu de fornicación.

Aguilera iba diariamente a la Soledad; mas a buena hora tornaba a su casa, a la cual solo se llevaba al muchacho los domingos y fiestas de guardar, para que oyese la misa de precepto y viese a doña Francisca.

Así vivió el mozo largo tiempo; y, a decir verdad, si sus libidinosidades fueron en auge, también aumentó su afán por el trabajo, y temprano dio muestras de ser un hábil hacendado.

Cuando llegaba a los diez y ocho años, su padre emprendió el viaje definitivo, y el muchacho quedó constituido en autoridad en su ínsula.

Doña Francisca, sin más lazo en el mundo que el de su hijastro, dejó la ciudad, poniendo al cuidado de su casa a una vieja ama de llaves que la vio nacer, y fuese a la Soledad a vivir con Pascualillo. Obtuvo del obispo de la diócesis que le enviase para misar y administrar sacramentos a un capellán viejo y verdaderamente apostólico, el padre Buendía, que a una severa e inexorable conciencia adunaba un gran celo, y con él dedicóse a las obras piadosas, siendo la providencia de los campesinos.

Ella personalmente llevaba leche a los enfermos que la habían menester; ella los curaba con remedios caseros, y en avecinándose las postrimerías, cristianamente disponíalos a morir; ella sacaba de pila a los infantes, ajuareaba a los desnudos, y —en los ratos que estos misericordiosos oficios, sus quehaceres domésticos y sus devociones le dejaban libres— reunía a los chicuelos del rancho al amparo del portal, los sentaba a su rededor sobre un ancho petate y poníase a estudiarles el *todo fiel*, los mandamientos, los artículos, el Padrenuestro, el Credo y el Avemaría. A veces llevaba su caridad hasta espulgarlos, sin percatarse de su miseria, y sus manos patricias, de blancura mate, afiladas y exangües, aventurábanse tranquilas por las inextricables cabelleras, tocando sin estremecimientos de horror los pululantes y asquerosos bichos.

Sentía, al llevar a cabo estas obras de misericordia, una de las pocas satisfacciones que podía darle vida tan igual, tan ajena de accidentes como la suya: esa íntima satisfacción que nos dice acá, muy adentro, con lenguaje insinuante: «eres bueno», y que no deja de estar mezclada a cierta dosis de vanidad, inocente si se quiere, pero vanidad al fin; que esta es tan sutil, que se aguza, se flexibiliza, se encoge para penetrar en todas las almas, enredarse a todas las intenciones, torcidas o puras, y acurrucarse en los corazones todos y en todos los cerebros.

La conciencia tiene voluptuosidades para las almas que, siendo rectas, son al propio tiempo y por temperamento, serenas y refractarias a la aberración del escrúpulo; voluptuosidades que por ocultas y disfrazadas no alarman al virtuoso y que explican en parte ese estoicismo cristiano ante la renunciación de todo lo exterior, de lo que hace amable y fecunda la vida y le

presta un derrotero fácil y sonriente. La vanidad crea estas voluptuosidades, las informa, es su meollo, y bien pudiera llamarse la coquetería de la virtud.

No tenía la buena señora conocimiento de los procederes de Pascual —que a semejanza de muchos hacendados feudales, amenazaba con poblar de Aguileras la hacienda— pues no había chismosos en la Soledad; y aun cuando los hubiese habido, no pararan mientes en ello, dada la nulidad de criterio moral de que adolece nuestra clase campesina, a quien la comunión con la naturaleza torna bíblica y tranquilamente impúdica.

Si por acaso alguna de las maltrechas doncellas, víctima del erotismo del muchacho, hallaba, merced a los oficios de este, un gañán dispuesto a pasar por todo y a casarse con ella mediante una labor a medias o algo por el estilo, el solo comentario del caso era, si dos comadres se encontraban a la margen del aguaje:

—¿Qué razón me da de la Fulana, comadre?

—¡Cómo! Pues qué, ¿no sabe que ya encontró *albañil*?[1]

Y una risa a la sordina, entre el gluglutear de los cántaros que se llenaban, subrayaba las frases, tras de lo cual las rancheras volvían camino de sus jacales.

IV

Pero un día los zarcos ojos del charro acertaron a fijarse en la morena cara de Refugio, en aquella cara oval, graciosa y expresiva, con vellos de albérchigo y color de manzana, y cátalo vuelto loco: ya no fue sola la tendencia idiosincrásica la que le guió entonces, sino algo más: la pasión, una pasión toda sensualismo, avasalladora y tremenda en temperamento tan avieso y tan fuera de regla como el suyo.

Refugio era huérfana; vivía a la sazón con una vieja parienta, que, al morir su padre, mediero criollo de la hacienda, se había hecho cargo de ella.

Por aquellos días su hermosura empezaba a florecer, prometiendo al más pedigüeño gusto lozanías opulentas. Llegaba a los diez y siete años, y sus formas, sus movimientos, sus actitudes, mostraban esa encantadora indecisión que marca el paso de la impúber a la núbil.

Pascual acabó por despachar noramala los amoríos que con antelación habíanle conturbado. Ante la fresca, sabrosa y prístina belleza de Refugio, ante su gracia y garabato, todas las rancheras, con sus enaguas chillonas, sus camisas bordadas de negro, sus collares de cuentas de vidrio, sus rebozos de hilo de bolita tramado de seda, sus zapatos de raso azul o negro de alto tocón y demás detalles de la trashumante indumentaria dominguera, «valían un cacahuate».

¡Refugio sí que era mujer!

Había que verla los domingos, garrida, donairosa, ir a misa, con su pergeño de cristianar, contoneando con desenfado el palmito de avispa, haciendo crujir las limpísimas enaguas interiores, almidonadas hasta azulear, que dejaban traslucir la saya de gasa floreada; levantando blandamente con su rítmica respiración la *mascada* tornasol que velaba el nacimiento de sus senos y que constituía el complemento indispensable del corpiño blanco ornado de valencianos. Había que ver aquella trenza negra, riza, luciente, entretejida de listón obscuro, que ondulaba como víbora de azabache sobre la firme espalda, al menor movimiento de la niña.

Por desgracia para Pascualillo, la tal tenía su dueño y señor en la persona de Santiago, el patán más cumplido que vieron ojos de hembra.

Era este un real mozo en todo el vigor de sus veintidós años, y había en él circunstancias para volver el seso a la más antojadiza ranchera. Vaquero de oficio, se pintaba solo para amansar a una potranca o para jinetear un toro cerril. Mangana o *pial* que él echara no fallaba en jamás de los jamases, y con la reata en la mano era una potencia. Para él todos los pencos merecían poco, y cuando en el estreno de algún potro, este, para aliviarse del jinete, se limitaba a tres o cuatro cabriolas y escarceos, Santiago murmuraba, enseñando los blancos dientes, con despreciativa sonrisa:

—Salió mansito.

Tenía latentes en su alma todas las exaltaciones de las naturalezas primitivas. Con los amigos era baladronero, decidor, alegre, y se le quería bien

porque sabía gastarse sus dineros en aguardiente y hacer un favor a quien se lo pedía. Con sus enemigos era rencoroso y alebrestado; el o la que se la hacía, se la pagaba; y referíanse de él historias capaces de poner los pelos de punta al mismísimo San Pedro, que según todas las tradiciones, era ingenuamente calvo. En cierta ocasión, por ejemplo, una hembra se la pegó con otro, y el garzón, entonces de veinte años, la llevó con engañifas a un potrero aislado y baldío, al caer la tarde; le mostró una estaca de pino, previamente hincada en un barbecho y cuya punta superior estaba más afilada que el cuerno de un toro puntal, y enseñándosela le dijo:

—Siéntate ahí… Ahora va la mía… Y al *chivato* ese… verás cómo lo capo.

La pobre mujer, lívida de espanto, no hizo movimiento alguno.

—¡Siéntate ahí o te siento! —repitió Santiago.

La hembra entonces se abrazó a sus rodillas, y tales súplicas dirigió al muchacho, que este, generoso al fin, la dejó ir con el susto. En cuanto al cómplice, en vez de la capadura, sufrió una paliza concienzudamente aplicada.

Con su madre, Santiago era respetuoso y dócil y llamábala cariñosamente «mi manojito de huesos», en virtud de que la buena señora, de puro canija y esqueletosa a causa de una hemiplejía, estaba más *para la otra que para esta*.

A Refugio la cogió, como suele decirse, en el cascarón, y ella le quiso como él la quería, con ese amor irreflexivo y franco de los organismos vírgenes y llenos de savia. Llegaba, pues, tarde Pascualillo, y de preverse era que todas las alcahueterías y los ardides se estrellarían contra la firme voluntad de la doncella, que le hallaba repugnante y no le perdonaba que la buscase con el solo fin de burlarla como a tantas… Su criterio superior en una miaja al pedestre criterio de sus compañeras, le sugería que ella valía más que las otras; y si no se creía al nivel del amo, sí se juzgaba superior al de las que se entregaban por una saya de indiana o una *mascada* de seda.

A ser bachillera, habría hecho suya aquella hidalga redondilla:

¡Soy, dijo a mi furor loco
—y aún parece que la escucho—,

para vuestra dama, mucho,
para vuestra esposa, poco!

Por su parte, Pascual, a ser versado en la prehistoria, envidiara los milenarios en que el antropoide, nervudo y musculoso, en virtud del derecho del más fuerte, desprendía de la nómada manada femenina a la hembra que hallaba de su gusto y la fecundaba brutalmente al amparo del soto espeso, del malezal esquivo, de la agria torrentera, del hondo barranco, maguer sus gritos de dolor y sus protestas inarticuladas.

En el campo el matrimonio no ofrece dificultades ni demanda retardos. Apenas puede un mozalbete ganarse su real y medio en la yunta, busca mujer que le eche «las calientes» tempranito; que cuando es mediodía por filo, le lleve el bastimento a la labor; que zurza su menguada ropa y comparta con él por las noches el vil tálamo de cordeles entretejidos, donde la miseria se muestra fecunda. El «mobiliario» es lo de menos: una docena de cazuelas, otra de ollas, media docena de cucharas de palo, un armatoste de pino con calados churrigueresco, donde se acomodan los cacharros; el ya mencionado lecho de mecate, una percha, dos equípales, una estera de palma (petate) y, sobre todo, el metate, al cual se le da regocijadamente el nombre de piano.

Algunas botellas de mezcal y algún cacharro panzón henchido de tepache, hacen el gasto por lo que ve a la bebida, en el bodorrio; dos gallinas de pipián y una olla de pozole constituyen el *menú* extraordinario; y para hacer la digestión, un zapateado sobre la tarima al son del *Butaquito* y el *Palomo*, y una riña en que salen a lucir los corvos machetes abajeños.

Santiago podía hacer la boda con más rumbo, y no la había retardado sino en atención a que corría la cuaresma y estaban cerradas las velaciones. Así, pues, habló al capellán, que no puso peros; a doña Francisca, que convino en apadrinar a la pareja, y a la tía de Refugio, que no dijo esta boca es mía.

Mas por consejo de don Jacinto, que quería moralizar a sus feligreses y que abrigaba sus temorcillos de que la muchacha, siguiendo una inveterada costumbre rural, «brincara las trancas» con Santiago, antes de que la Iglesia los ayuntase, Refugio se fue a vivir en calidad de depositada al casco de la hacienda, donde se le dio liberalmente casa y hogaza.

1. *Albañil* significa aquí el que resana con el matrimonio averías causadas por otro.

LIBRO SEGUNDO

I

El cascorvo apenas vio las veras del matrimonio, sin comprender que en este radicaba la fuerza de Santiago, empezó a valerse de todos los ardides y argucias que su escaso caletre le sugería, ya haciendo que se le retirasen *las rayas* a su rival o bien que se le pagase en cereales las cuatro quintas partes de su haber, ya redoblando sus insinuaciones con Refugio.

Mas esta, apercibida a la lucha y cierta de las prietas intenciones de Pascual, que no le habían de traer provecho alguno, no cedió. Los empeños del muchacho produjeron resultados opuestos a los que se prometía; a saber: una ira sorda en Santiago, que estaba al tanto de los manejos del amo y que hubiera salvado la valla de la servidumbre a no ser por el respeto tradicional, atávico y cuasi feudal, que los rancheros profesan al hacendado y que, no excluyendo la murmuración, hace empero la agresión difícil, y una impaciencia viva en Refugio, factores ambos que contribuyeron poderosamente a que se expeditasen los trámites de la boda.

Mayo tendía alfombras de flores en los llanos y en los cerros; la cosecha de trigo empezaba; había barruntos de lluvia tempranera; los vahos cálidos de la tierra abrasada por el sol condensábanse ligeramente, y los ocasos opulentos mostraban majestad inusitada. Ora el sol, al tramontar, velaba su rostro tras un gigantesco abanico de flavos colores, cuyas sutiles varillas

iban bajando de tono hacia su extremidad hasta diluir su oro rojizo en el azul de cénit; ora se desangraba, dejando un rastro cárdeno, paralelo al horizonte, que coloreaba vivamente los campos y los cerros, poniendo sobre ellos un tapiz purpúreo; ora encendía ignívomo volcán en cuyo ardiente cráter flotaban escardados copos, o bien inundaba el poniente de oro pálido, uniforme, que iba languideciendo hasta trocarse en gris perla, vencidas al fin sus olas por las riberas de la noche.

Las mañanas eran radiosas y tibias; luego de amanecer llenaba el cielo una invasión de rosa leve, una apoteosis sonrosada; después, el orto era un piélago de nácar, y, por fin, asomaba el sol candente y enorme, alborozando con su tórrido beso todo lo creado.

¡Qué mejores días para el amor!

Llegaba para las bestias la época del celo y se advertía por dondequiera un desbordamiento de vida… Mayo violaba los capullos, precipitaba la preñez de los óvulos, hacía tumultuar la savia en los tallos y la sangre en las arterias.

¡Y qué diáfanas noches de luna!

Las presas eran hervideros de diamantes; el astro, en creciente, fucilaba en un cielo impoluto, semejando, al nacer tras la cordillera, mitra argentina que coronase la sien de la montaña.

En el valle dormían todas las chozas; los umbráticos fresnos erguidos en el llano fingían tumulares obeliscos; la luz del astro untaba su cobre pálido en las paredes de la casa de la hacienda, colábase al corredor, desfalleciente y mate; en el patio caía con infinita dulcedumbre, tamizada por el follaje de los naranjos, sobre la arena, formando como una alfombra de caprichosos florones blancos en fondo obscuro; en el corral besaba mansamente el multicolor plumaje de los gallos y las gallinas que dormitaban en las estacas hincadas en los adobes; alargaba perezosamente las sombras de los marranos inmóviles, tendidos con epicureísmo indefinible en sus chiqueros, y plateaba el terregal, donde se advertían como flores de lis las huellas recientes de los bípedos.

Los naranjos, los alelíes, las azaleas policromas y los plúmbagos azulados mecíanse con movimiento cadencioso y rumor apacible y vago, y de vez en cuando estremecía la plácida quietud el ríspido ladrido de un perro

somnoliento, el metálico y trémulo relincho de un caballo, el asmático rebuzno de un rucio o el agudo clarinazo de un gallo alerta.

Con el plenilunio empezaron los conciertos de los zenzotles melómanos. Iniciábanse con discreto piar que iba en crescendo hasta desatarse en cristalina cascada de gorjeos, en scherzos fugitivos, enlazados por fermatas matizadas; en vibrantes diatónicas y en atrevidas cromáticas, en fugas vivaces y en viriles y limpios silbidos, a cuya vibración la Reina de la Noche abría místicamente los pétalos de nácar enverados de púrpura real.

II

Pascual Aguilera no podía más. Su tormento era el de Tántalo; su carne azotada por el deseo se encabritaba, se estremecía como bestia herida en el ijar y sofrenada por un jinete implacable. Las veladas eran horrendas, y una lo fue sobre toda ponderación.

Refugio tenía su cuarto al final de uno de los corredores que veían al patio. Concluidos los quehaceres domésticos a los que «se acomedía» solícita, queriendo pagar con buena voluntad la hospitalidad que recibiera, recogíase tranquilamente sin darse cuenta de que muchas veces dos ojos insomnes, intensamente dilatados, la seguían desde lejos con avidez insaciable.

Una noche Pascual aguardó a que todo se aquietase en la casa, y, descalzándose, se dirigió con cautela al extremo de la obscura galería, tendióse en tierra frente a la puerta de la moza y, aprovechando el breve orificio que le proporcionaba uno de los ojos de la madera, vaciado previamente, espió…

Refugio no se acostaba aún. Una gruesa veladora ardía sobre un baúl próximo a la cama, vibrando su lengüeta de fuego, y, a su luz, Pascual pudo contemplarla a su talante.

La moza iba y venía arreglando una almohada, mudando de sitio una silla, doblando una prenda de ropa, sacudiendo otra…

Pascual no respiraba…

De pronto Refugio se detuvo al borde del lecho, dando el rostro a su espía, y lentamente empezó a destrenzarse la opulenta mata de su cabellera negra, agitando después la cabeza con movimiento encantador. Hizo luego saltar los broches de su blusa de indiana, que se abrió como nutrida yema que revienta, y desnudóse de ella, suspendiéndola de una de las perillas de la cama. Sus brazos y su garganta, de un moreno apiñonado, hoyuelados, llenos, de líneas purísimas, se mostraron a Pascual como una gloria vedada y atormentadora que jamás había de poseer… El desgraciado ahogó un sollozo.

Refugio se detuvo un momento, cruzó perezosamente sus manos sobre la nuca, encorvando sus brazos como las asas de una ánfora maravillosa, y sus ojos se posaron con mirada vaga en la puerta.

¿Sospechaba el espionaje? No, sin duda, puesto que poco después continuó desnudándose. Llevando sus manos hacia el talle, desató rápidamente la rosa en que se reunían las cintas de su saya, y esta cayó crujiendo alrededor de sus pies, encerrándola en un círculo de lienzo. Salvólo con ágil movimiento y, recogiendo la prenda, fue a colgarla de un «perchero».

Aparecía ahora con su camisa baja pespunteada de negro y sus enaguas de imperial, infinitamente seductora. Las formas se iban revelando, y tras la manta leve temblaban sus senos ligeramente, como las dos pomas de una rama en fruto, besada por la brisa.

Un movimiento análogo al anterior hizo caer la segunda enagua; y la camisa, libre, onduló levemente, dejando sorprender los admirables contornos de sus piernas.

Pascual se mordió desesperadamente el brazo en que apoyaba su cabeza; sacudiólo un escalofrío voluptuoso y siguió contemplando.

Faltaba la última prenda, el último velo de aquella virginidad, el postrer cortinaje que encubría la divina estatua, como esos paños con que los escultores cubren sus moldeajes ya concluidos, y que dejan presentir la amplitud ideal de las líneas al ajustarse blandamente a la arcilla húmeda.

Refugio pareció vacilar; sus manos tornaron a atarse sobre la nuca…; entornó lánguidamente los ojos… ¿Qué espejismo erótico pasaba por aquellas

pupilas negras, como pasa la imagen de una nube arrebolada por la luna sobre un lago dormido?

Por fin, cogió con los índices y los pulgares las bandas de tela que fijaban la camisa a sus hombros y tiró de ella…

Momentos después apareció completamente desnuda, surgiendo de las ropas albas que la rodeaban como una hostia morena de un copón de plata.

Pascual ahogó un nuevo sollozo, y poniéndose en pie hizo un gesto de resolución: rompería la puerta…

Pero en aquel instante la voz de doña Francisca se oyó a lo lejos, llamando a una criada, y el mísero echó a correr hacia su pieza, donde en la obscuridad absoluta pidió en vano al sueño consolación y olvido.

Si hubiese leído y penetrado las eternas páginas de Los Libros, habría entonces recordado y aquilatado acaso aquel versículo del Eclesiastés en el que, tras de haberse exclamado: «¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria!», se afirma que «¡la mujer es más amarga que la muerte!»

III

Más terrible fue aún la noche siguiente.

Pascual buscó a buena hora un escondite en la estancia de Refugio, y aguardó.

La escena de la noche anterior se repitió a su vista, y en el supremo instante en que la desnudez de la muchacha se mostraba en toda su plenitud, el erotómano saltó de un rincón y se abalanzó a ella.

Refugio lanzó un grito y esquivó al infeliz, que se quedó temblando de deseo en todas sus carnes a un paso de ella.

Sobrado brava y fiera la doncella para, después de la sorpresa consiguiente, mostrarse intimidada, cogió la ropa que hubo a la mano, y, velando como

pudo sus formas, quedóse luego viendo al mozo con mirada semiiracunda, semiburlona:

—¡Atrevido! —le dijo con voz en que vibraban los desprecios—. ¡Váyase o grito!

Pascual, sin responder, tragaba espasmódicamente saliva; sus ojos se abrían desmesuradamente y el temblor de sus carnes aumentaba.

—¡Váyase, le digo!… ¡Ah! si él estuviera aquí no haría usted esto, ¡cobarde!…

Por fin, pudo el cuitado articular dos palabras:

—¡Tenme lástima!

—¡Váyase! Me «choca», me «choca», ¿entiende?

Y la voz de Refugio se aguzaba para azotarle como un látigo.

«Tenme lástima»: eso era todo; pero en los ojos de Pascual había una elocuencia desgarradora.

—¡Váyase le digo, o grito! —repitió la muchacha.

—Refugio —gimió el enamorado con desesperación—, ¡ten lástima de mí! ¡Te deseo… te deseo!… ¡Pídeme lo que quieras, prietita, lo que tengo, todo, todo!… ¡Pídeme que me mate después… pero no me hagas menos… te deseo, te deseo… tengo hambre!… —y aspiraba la hache con aspiración dolorosa—. ¡Hambre de ti!

Refugio lanzó contra él el dardo más agudo y cruel de sus ojos y respondió:

—De usted nunca, ¿lo oye? ¡nunca!… ¡Me choca, me choca! ¡Váyase!… ¡me da asco!

Pascual gimió de nuevo:

—¡Tengo hambre!…

Y de pronto, trocándose la humildad en audacia, pretendió coger a la moza; pero esta lanzó un grito tan agudo, mezcla de ira y de temor, que el infeliz se detuvo medroso, y empujado y golpeado con rabia, salió tambaleándose al corredor y fuese a su recámara a beberse, despechado, entre la sombra, la salsedumbre de sus lágrimas.

Refugio volvió a su cama y se echó en ella sollozando.

Diría todo a Santiago…

Pero no se lo dijo. ¿La hubiera él creído ilesa?

Ya libre de todo riesgo, sola ya, su carne se rebeló empero de un modo extraño, y el recuerdo de la brutal audacia que estuvo a punto de hacerla víctima, fue un excitante poderoso.

Si en aquellos momentos hubiera vuelto Pascual, habríala poseído. Sus deseos indefinidos de virgen tumultuaban por el brusco sacudimiento despertados… Las repugnancias que Pascual le inspiraba desaparecían. Continuaría odiándole mañana, mas ahora le deseaba; revolcábase en el húmedo lecho, dolorida y anhelosa, paseando por su cuerpo las manos temblorosas con suaves e inconscientes caricias.

Y aquella noche Refugio tuvo la primera revelación del amor…

IV

Pasó la semana mayor, durante la cual doña Francisca residió en la ciudad con el fin de asistir a las grandes ceremonias; y llegada la Pascua, los novios previniéronse para la boda.

El día designado, muy tempranito, fuéronse a Villarreal y llegaron a buena hora, dirigiéndose incontinenti con los padrinos a la parroquia.

Refugio vestía un vaporoso traje de gasa; llevaba tápalo de seda, regalo de doña Francisca, y ostentaba en la cabeza un sencillo ramo de azahares naturales. Santiago portaba el vestido dominguero: pantalonera de campana, de paño azul, chaqueta de lo mismo y un sombrero de pelo con anchos galones de oro.

Luego de terminada la ceremonia, la comitiva dejó el templo y fue a casa de doña Francisca, donde aguardaba el viejo guayín, que la condujo a la Soledad.

Allí estaba ya aparejado todo para la fiesta. En el espacioso portal, a lo largo de la pared y en los intervalos de los pilares, había colocadas sillas. En un extremo se instaló la música, que contaba con dos violines de rancho, enfundados de cuero, con arcos cortos y muy primitivos, y, pendientes de la jareta que cerraba la funda, sendos pedacitos de brea para untar las cerdas; un pistón lleno de abolladuras; dos guitarras remendadas intencionalmente, pues es fama que así suenan mejor, y un contrabajo monumental, con bordones que parecían cordaje de fragata.

Al alcance de los filarmónicos, sobre una mesa de ocote, erguíase la consabida olla repleta de agua-miel, y de la cocina llegaban husmos de pipián, mole y otros guisotes no menos apetitosos.

Eran las once de la mañana cuando empezó la fiesta.

Doña Francisca y el capellán, instalados con los novios en un canapé, la presidían; y Pascual, pegado a un pilar, acechaba a Refugio.

Rechinaron los violines, oyóse el cri-cri de las clavijas; luego, dos acordes: *mi la, re sol;* bordonearon los guitarristas, bufó el contrabajo; el «pistón» lanzó, con más o menos soluciones de continuidad, un registro; y por fin, tras un preludio dulzón, rompió el «jarabe» con los aires precipitados del *Palomo*.

—Con la venia de sus mercedes —dijo Santiago dirigiéndose al ama y al vicario, tras lo cual dejó su asiento, y quitándose el galoneado, lo «aventó» a los pies de Refugio. Recogiólo esta, y poniéndose en pie, avanzaron ambos hasta la medianía del portal, quedando frente a frente a algunos pasos de distancia.

Entonces iniciaron un taconeo leve, al cual hacían coro el retintín de las cadenillas de las pantaloneras de Santiago. Refugio movía apenas los pies y, apoyados los dorsos de las manos en las opulentas caderas y con los brazos en jarras, contoneábase ligeramente.

Mas al llegar el alegro estrepitoso del retozón airecillo, el movimiento se avivó y el taconeo multiplicóse hasta producir un redoble loco.

Luego vinieron los motivos lentos, en el intervalo de los cuales los bailadores trocaban sus sitios al desmayado compás de un leve fraseo de los violines. Estos gemían *Las amapolas*:

Amapolitas moradas
de los llanos de Tepic,
si no están enamoradas,
enamórense de mí…

Y los bailadores avanzaban cadenciosamente hasta la mitad del espacio que los dividía, retrocedían, intentaban abordarse de nuevo y se esquivaban con leve rodeo; pero sucedieron, a *Las amapolas*, *Las mañanitas*, y ambos tornaron a sus puestos, girando allí suavemente y moderando el zapateo, sobre todo, cuando los violines suspiraban la frase aquella:

No vengo a que te levantes,
ni vengo a quitarte el sueño…

La languidez fue cediendo en *Los monos*:

Ya vienen los monos…

El movimiento de los pies era entonces acompasado; mas fue precipitándose al llegar el

Pica, pica, pica, perico…

Y volvió a su vertiginoso redoble al iniciarse de nuevo *El Palomo*. Entonces los bailadores abordáronse otra vez; ella ladeó el busto, él le quitó el sombrero, agitándolo frente al rostro sudoroso de su pareja, y zapateando siempre, giró en su rededor, en tanto que ella se limitaba a avanzar y retirar perezosamente los pies, separándose una vez aún, cuando los violines cantaban *La Pepa*:

Pepa no quiere bordar
ni quiere tejer en gancho:
se quiere civilizar
con uno de sombrero ancho.

Y por fin, hecho el último esfuerzo, tornó el redoble; el sombrero yacía en el suelo, y Refugio bailaba en torno de él empujándole con el pie, al desbocado y vertiginoso compás de la *Diana*, que ahogaron los aplausos, y la pareja fue a caer rendida sobre el canapé.

V

Concluido el jarabe, doña Francisca y el padre vicario se retiraron con el fin de dejar más libertad a los peones. No así Pascual, que con faz huraña y actitud de pocos amigos continuó en su puesto, indiferente a la barbulla y a la zambra regocijadas que clamoreaban en su rededor, y sin ojos más que para la muchacha, cuyas mejillas, coloreadas por el baile y perladas de sudor, incitaban al beso.

Una cólera sorda y un despecho infinito, toda la cólera y todo el despecho de un ninfómano al cual le esquivan el objeto ansiado, le mascaban el alma sin darle punto de tregua. A medida que el día de la boda había ido acercándose, su pasión por Refugio se agigantaba y su carne dominadora rebelábase a la sola idea de que el fruto apetecido tan largo tiempo se lo llevaría otro, y de que él penaría sin esperanza mientras otro se regodeaba. Cuanto más inminente era la pérdida, tanto más sabrosa parecíale la lugareña, desnudada infinitas veces por su imaginación calenturienta con mezcla de tormento y deleite; y aquel día en que la unión de Refugio y Santiago debía consumarse, las comprimidas libidinosidades de Pascual convertíanse ya en horrible hiperestesia sexual.

En vano intentaba el cuitado arrojar de su mente la conturbadora idea; esta volvía taimada, sublevando impúdicos fantasmas: la hermosa muchacha entregándose con cariñoso abandono al patán; los besos quemadores de las bocas ávidas, esos besos que se aspiran y beben más que se reciben; esos besos que saben tan bien por lo inmensos… la opresión de dos pechos que querrían fundirse en uno; el aliento entrecortado, agónico, porque el hombre agoniza ante el amor como agoniza ante la muerte; la consumación, en fin, de aquel connubio… y todo en el discreto rincón del jacal entre cuyas grietas se cuela el rayo ictérico del plenilunio.

Y el despecho y la rabia se revolvían en su espíritu bastardeado por el deseo, con ferocidad inaudita.

Parecíale monstruoso que él, a quien todos pagaban pleitesía, el amo, en fin, se viera obligado a cruzarse de brazos, impotente, inerme, en tanto que el otro, el rival afortunado, tomaba para sí aquella virginidad fresca, vigoro-

sa, que tan supremos goces prometía, y la gozaba con el arranque brutal del macho que topa, en la época del celo, con la hembra, y ahitaba en ella su sed de caricias y de amor. ¡Oh no! Él no podría permitir eso. Hasta entonces ninguna de las mozas que apeteciera se escapó de sus brazos. ¿Por qué aquella, la única, la amada, había de ser de otro?

Y su faz iba poniéndose más y más torva; las pecas aparecían negras sobre el fondo rojizo del cutis; el cabello hirsuto, aquel cabello de jilote, caía revuelto y sudoroso sobre la estrecha frente; la nariz remangada abría sus alas con el gesto del garañón que ventea… y la boca se plegaba amargamente contraída por el odio.

A Santiago no se escapaban tan inequívocas señales de despecho; mas no lo intranquilizaban por cierto. Sentía la serena confianza del fuerte, y veía con desdén, casi con satisfacción íntima, la ira de su rival. «¡Que rabie! ¿Y a mí qué?» —se decía—. «Si es tan hombre, que me la quite» —y seguía con monótono movimiento de cabeza el compás del jarabe número dos, que bailaban a la sazón Candelaria, la Gutiérrez y el velador Nicolás.

Refugio habíase acomedido a repartir la bebida que contenía el panzudo cacharro, y a medida que esta circulaba, los rancheros, no cohibidos ya por la presencia de *la Señora*, se animaban. Habían acabado por dejar las sillas y, en los intervalos de ellas, algunos colocaban los anchos sombreros de paja de trigo en el suelo, junto a la pared, y sentábanse sobre el segmento posterior de la ancha falda, de tal suerte que la copa quedaba entre sus muslos, que con las piernas formaban ángulos agudos, y posándose los pies sobre el segmento anterior de la falda, los codos sobre las rodillas y las mejillas sobre las palmas de las manos.

En aquella actitud cuasi símica, que evocaba figuras de códice, liado a la cintura el zarape a grandes rayas, seguían con los ojos las peripecias del fandango, en tanto que otros formaban grupos de bebedores, ajenos al baile y diseminados aquí y allá. Las rancheras que no bailaban permanecían en sus asientos con inmovilidad de cariátides.

Pascual envió a la tienda de raya por unos frascos de tequila, que se distribuyó incontinenti, siendo él el primero en catarlo más de lo prudente. Quería embriagarse porque ya no podía más con aquello que le tumultuaba dentro; mas como suele suceder cuando el trastorno moral es poderoso, el alcohol, lejos de anestesiarle, excitó su espíritu y acreció sus iras.

En tanto que la mayor parte de los peones se divertían en el portal, otros, con licencia del amo, procedían a levantar en el amplio solar que se extendía frente a la casa de la hacienda un coso, hincando en el suelo tablones de diversa altura, en doble fila, y sustentando en ellos un tablado.

En la tarde se correrían unos toros, y aquellos preparativos despertaban el entusiasmo de los granujas del rancho, que provistos de chirimías y tambores improvisados con cántaros y vejigas, recorrían las terregosas calles limitadas por cercas, precedidos por un pilluelo que, caballero en un borrico, pregonaba las excelencias de la corrida, gritando por vía de epílogo: «¿Es verdad, muchachos?»

—Síií —respondían estos a coro.

Y a su algazara reuníase el ladrido de los perros, el malhumorado gruñido de los marranos que huían al trote, y los ruidosos aspavientos de las gallinas que, asustadas, escalaban las cercas y los árboles.

Era mediodía cuando la cocinera bajó al portal y dijo la santa palabra: —«A comer, hijos».

En la planta alta se había improvisado, con tablones también, una gran mesa; y allá subieron todos y se instalaron los que cupieron, poniéndose los otros en cuclillas a lo largo de la pared.

Doña Francisca y el párroco ocuparon las cabeceras, los novios una de las medianías de la mesa; seguían a derecha e izquierda de estos los vaqueros, los medieros; y, enfrente de los novios, Benito, el encargado de la tienda de rayas, y los padrinos.

En el centro, sobre anchos platones, humeaban cochinillos y gallinas rellenos de picadillo, pasas y aceitunas, y adornados con lechugas y hierbas aromáticas; aquí y ahí, entre los frascos de rojo *carlón*, traído expresamente de la ciudad, levantábanse fruteros de cristal, colmados unos de chirimoyas, mameyes y aguacates abiertos en forma de granada y mostrando su blanda carne pulposa, y repletos otros de guayabas pecosas, plátanos de Acapulco, rugosas nueces, sonrosadas manzanas y doradas ciruelas.

El que esto escribe pasa por alto la reseña del banquete, que para el pío lector que la leyese en ayunas sería cruel, y para el ahito más indigesta que un palique de maritornes, pinches y catasalsas. Por otra parte, no hubo brindis, que tal vilipendio de la palabra no se estila, por gracia del cielo, en

aquella bendita tierra, ni se habló de política, señora desconocida, por magna fortuna también, de los pobres lugareños.

Concluidos el yantar y la sobremesa que era del caso, doña Francisca se levantó y fuese a dormir su siesta; don Jacinto fue a su vez en busca del breviario, y los comensales bajaron a organizar la corrida, alborotando todos más que un cotarro de monaguillos o escolapios.

Ya se habían encajonado en recinto de palizada anexo al coso tres toros cerriles, acabaditos de separar de la torada; los vaqueros vestían las chaparreras, apretaban los cinchos a sus caballos y revisaban sus reatas; algunos peones atrevidos, provistos de zarapes rojos, a horcajadas sobre las barreras, esperaban la corrida, impasibles ante el sol que chorreaba llamas, calcinando la atmósfera. Las rancheras iban trepando como podían a los tablados, cubierta la cabeza con los sombreros de palma que usan en las cosechas, de cuyas faldas pendían, a guisa de paños de sol, amplios paliacates de hierbas de colores chillones y dibujos historiados que las resguardaban de la solana. Los novios fueron a colocarse en buen sitio en uno de los tablados, cerca de los músicos y del Juez veedor, don Abundio, mediero aficionado a los cuernos, que ejercía siempre tal cargo y que tenía a su lado *al señor del pistón*, apercibido a disparar el agudo toque de llamada.

Subió al último *el amo*, y el pistón lanzó a los aires el regocijado tara-rari-ra, que hizo brincar a más de un corazón en los pechos.

Tampoco daré con palabras forasteras una reseña de la corrida. No había en el coso toreros de esos que visten chaquetillas de gayos colores, recamadas de oro, y que pasean su pomposa inutilidad por la arena. Los vaqueros capotearon a caballo, los peones a pie; la reata hizo de las suyas, luciendo los más hábiles su agilidad para las *crinolinas*, los *piales* y las *manganas*, hasta que el cansancio los rindió, haciendo proferir a más de uno esta frase dirigida a Pascualillo:

—¡Patroncito, ya se me atrancó la carreta!

Santiago, a pesar de las protestas de Refugio, acabó por bajar a la arena; cada suerte concluía con la inevitable jineteada, y a él le tocó jinetear al último bicho a petición del público.

Fueron de verse entonces la serenidad y gallardía del mozo. Ya las anteriores bestias habían sembrado a algunos jinetes, cuando Santiago avanzó

hacia la tercera, que maniatada por las reatas, yacía resoplando en medio de la plaza.

—Apriétele el pretal, ñor Jerónimo —dijo el muchacho—; y luego de hecha esta operación, montó la bestia, gritando con serenidad:
«¡Suéltenmelo!»

Como por ensalmo desapareció la red de reatas que detenía al bicho, y este se levantó formidable, resopló una vez más batiendo la tierra y comenzó a hacer cabriolas imposibles. Santiago, con los dedos afianzados al pretal y las espuelas clavadas a los ijares de la res, sonreía a todos, sereno, inalterable, refocilándose a su sabor y talante de la impresión que causaba.

El toro, furioso, iba de aquí para allá, intentando librarse de la carga; agachaba el testuz, lanzando coces al aire; luego se ladeaba, y su gruesa piel tenía una movilidad notable; cabeceaba luego, y por fin, sintiendo su impotencia para arrojar al jinete, tras algunas cabriolas de por no dejar, acabó por recorrer a gran trote la arena, yendo a tumbarse cerca de la barrera, entre el estruendo de los aplausos y el clamoreo de la muchedumbre que vitoreaba a Santiago.

Refugio, pasado el susto, sonreía orgullosa de su hombre, y Pascual se mordía los labios con encono…

Tramontaba el sol; el estrépito de las voces se ahogaba en la extensión impregnada ya de la opulenta y melancólica serenidad de la tarde; oíase el triste mugir de la vacada de ordeña que volvía de los potreros al corral de la hacienda, y en el campo omnifecundo, salpicado de rubios haces de trigo engavillado, la brisa errante parecía cantar los versículos llenos de sencillez y mansedumbre austera que narran el bíblico idilio de Ruth y de Booz.

VI

Subió del valle a la montaña la negra marejada de la sombra; aquietóse todo, y en adelante solo rompió el silencio el agudo aullar de algún perro

medroso.

En los jacales empezaron a brillar los fogones para irse extinguiendo poco después, y en los flancos de la serranía dejáronse ver las largas cintas de fuego de las hogueras de los leñadores —llamadas en pintoresca frase por los labriegos «la procesión de los coyotes»—, trepando aquí como enjambre de gnomos, retorciéndose allá como víboras de lumbre, bifurcándose en los vastos declives y centelleando siempre en la vaga penumbra argentada.

¡El carbonero! Extraño duende de la sierra, que dormita feliz, arrullado por el medroso concierto del mastín que aúlla, de la cabra que bala asustada entre el huizachal; teniendo siempre ante sí la inmensa hondonada obscura, donde Deméter, la tierra ubérrima, germina en silencio; el sembradío de oro, el ceniciento magueyal que finge inmenso reguero de coronas de hierro, desparramadas aquí y allá por reyes colosos, después de una lejana titanomaquia; teniendo arriba el toldo de las noches de oro y alrededor el fuego de su vivac… ¡Cuántas veces su silueta, negra a fuerza de hollín, pasa melancólica, bella casi, a través de las coplas que canta el gañán antes de la colación de la noche, y cuyos bordones melancólicos se alejan pensativos en la sombra!

La oleada de plata de la claridad lunar, suavemente láctea y difusa, empezaba a bañar el valle y ensayaba preciosos efectos de luz tenue y sombra desleída en los muros de la casa de la hacienda. En el mirador de esta, Pascual iba y venía con paso desigual, agitado y nervioso.

Doña Francisca habíase ya recogido, y en el silencio de la galería, a la cual daba una de las puertas de su alcoba, se hubiera podido oír su respiración isócrona y apacible.

En el costado opuesto del corredor estaba el cuarto de Pascual, y a favor de la luna distinguíase la vasta y recia cama que muchas veces supo de nocturnos idilios clandestinos, necesarios al temperamento ultrasensual del muchacho como el aire a los pulmones.

Desde el mirador se percibía la choza de Santiago, reducida y de remate cónico, como las demás, y por las rendijas de sus paredes de jambas y ramaje escapaba la luz débil de una vela.

Pascual se detenía a cada momento en su camino, y clavaba sus ojos iracundos en la luz maldita, que le hablaba del amor, del connubio realizado, a su pesar, a unos cuantos pasos de distancia.

Bien sentía el malaventurado que aquella visión que avivaba sus ardores era un tormento insoportable; mas con la tendencia de todo el que sufre a penetrar en lo más hondo de su angustia, a rasgar todas las fibras delicadas que aún quedan inmunes, se revolcaba en su impuro dolor como un cerdo en su lodazal.

Varias veces estuvo a punto de bajar, de acercarse a la choza, romper la frágil puerta y entablar con su rival una lucha brutal y decisiva, inmolando, después del triunfo, a sus deseos la virginidad de Refugio. Mas era cobarde y estaba seguro de que sería vencido. Santiago con sus ferocidades y su fuerza le imponía respeto; de suerte que, pasado el ímpetu pasional, apoyábase en la baranda del mirador, llena el alma de esa ira concentrada de la impotencia, y seguía encarnizadamente fijando sus ojos llameantes de lascivia en la luz aquella, luz tranquila que alumbraba las caricias primitivas de dos organismos fundidos en uno con el ímpetu viril de la juventud.

Su imaginación, con la vivacidad y la clarividencia que le prestaban el estímulo de la carne y la tensión nerviosa, reconstruía todas las escenas que debían seguirse en la cabaña, y cuando la vela parpadeó débilmente y la cabaña quedó a obscuras, Pascual dejó escapar un grito; las imágenes evocadas eran tan poderosas y tan vivas, que le habían embaído por completo, y el cuitado acabó por ver la escena que debía continuar en las tinieblas.

Entonces fue presa de una gran risa, de una risa convulsiva que llenaba sus labios de espuma y de terribles accesos de sofocación.

El eco de aquella risa histérica y siniestra repercutió dolorosamente en el mirador, ante la noche infinita, y abriéndose bruscamente la puerta de la cámara de doña Francisca, apareció esta alarmada, cerca del dintel, fijando sus claros ojos, llenos de asombro, en su entenado, y destacándose en la penumbra, blanca, con la blancura mate de sus carnes ligeramente enjutas, semiveladas por la camisa de dormir.

—¿Qué tienes? —preguntó.

Pascual fijó en ella sus llameantes ojos de fauno y su alucinación tomó creces.

—¡Refugio, Refugio!… —aulló, y llegando de un salto hasta la matrona, alzóla en vilo con fuerzas centuplicadas por la locura y desapareció con su carga en la obscuridad de la estancia.

VII

En la capilla reinaba aún la luz ambigua del amanecer, pues los primeros rayos del sol, al herir los cristales opacos de las vidrieras, desparramaban su luz viva, resolviéndose en fulgor delicado, uniforme e igual.

La Virgen de la Soledad, patrona de la hacienda, erguíase en la hornacina del único altar, con su rostro oval y brillante de escultura antigua remozada, que surgía de la toca de seda negra como una luna macilenta de una noche fúnebre. Los ojos, embebecidamente alzados al cielo, parecían aún contemplar con mirada vidriosa el sangriento madero en que expiró como esclavo romano el Hijo del hombre. Luenga túnica de terciopelo, cayendo en pliegues rígidos, le cubría el cuerpo en que la piedad adivinaba extenuaciones hijas de la fatiga y del dolor de convivir con un hijo misterioso y divino.

La sencilla devoción de la madre de doña Francisca había prendido al pecho de la Virgen solitaria un viejo florón de diamantes montados en plata, que desdecía de una manera peregrina de la dolorida actitud de la imagen.

Con vacilante paso, inclinada la frente, llena de rubores, habíase dirigido, por la sacristía a la nave, doña Francisca, y acercándose precipitadamente al comulgatorio, caído había sobre las losas, estallando en sollozos desconsolados.

Largos minutos duró esta explosión de pena. La pobre mujer se retorcía, golpeaba su frente contra el suelo y agitaba los brazos con movimientos vagos ante la Virgen, perpetuamente inmovilizada en su actitud de mística desolación.

Después, fatigada la laringe, queriendo estallar la cabeza, doloridos los maxilares y rígida la piel de las mejillas como atirantada por la sal de las lá-

grimas, la infeliz no pudo continuar sollozando y fue a acurrucarse, mustia y corrida, en una banca pegada al muro de la angosta nave.

Entonces a la desesperación sucedió ese tormento mudo, taimado, sin piedad, que se complace en despertar la imagen de nuestro delito para ponerla pertinazmente ante nuestros ojos, sin compasión de las náuseas morales del infinito asco que de nosotros sentimos y que son capaces de poner una arma en las manos trémulas de la víctima, y tanto más fieros y bravos cuanto que no nos dejan ni el lenitivo del amor propio satisfecho.

¡Una hora de amor! ¡Ella había tenido una hora de amor! ¡Y con quién! Con su entenado, casi con su hijo… Y había consentido sin otra protesta que la de un simulacro de resistencia más o menos prolongado…

El delito era tan sucio, tan feo, tan vulgar, que no dejaba incólume ni su vanidad de mujer.

¡Peregrino final, digno epílogo de una existencia consagrada toda a la piedad! ¡Mojigata! ¡Había pasado treinta y seis años cuidando una margarita preciada para arrojarla luego, sin gloria, sin amor, sin previo arranque pasional que disculpara el sacrificio, a los puercos! ¡Mojigata, mojigata!

Y, en retrogradación dolorosa, volvíase su memoria a los apacibles años gastados en el ejercicio del bien. Recordaba su juventud incolora, entretenida en las nimiedades de una virtud casera; la ausencia total de ímpetus fisiológicos; el adormecimiento de su naturaleza mansa y normal; el concepto incompleto que del matrimonio se formaba, cubiertos como estaban sus ojos por el denso velo que siempre puso ante ellos la prolija solicitud maternal; luego el brusco despertar en los brazos de un hombre que, al querer saciar en ella sus brutales apetitos, le había hecho daño sin proporcionarle goces, no buscando jamás la coincidencia en el espasmo, inhábil para otra cosa que para hartar su hambre libidinosa de macho a costa de la hembra sumisa y resignada al martirio diario, al ofensivo alarde de un apetito siempre naciente; y, por último, la idea que le vino de que el matrimonio era eso: una sumisión incondicional a todos los ultrajes íntimos; idea que acabó por aceptar como debían las demás de aceptarla, con esa atónica placidez de las esposas mexicanas de ayer, criadas en pleno aislamiento y prestas a acatar todas las autoridades.

No amó a su marido, mas tampoco le odió; veíale como a un compañero indispensable, al que hay que tolerar, y acabó por ser feliz a su modo, como lo había sido antes…

Recordó, después, su viudez; la ligera sensación de alivio que experimentó al verse de nuevo sola y más apta para ejercer el bien; la voluptuosidad de las buenas obras practicadas, que llenaba de complacencia sus días; la tranquilidad de su vida austera, llena de satisfacciones secretas; la inmaculada honradez con que llevó sus tocas negras.

¡Y todo para qué, Dios mío!… Para caer vulgar y neciamente en una intempestiva celada del acaso; para entregarse en un inopinado y formidable despertar del organismo hipócrita a un hombre en quien debió respetar la memoria de su marido; a quien debió guiar como madre cariñosa hacia el deber… ¡Para entregarse, sí, cual una barragana sin pudor, cual una manceba inverecunda!

—¡Mísera de mí! —se decía con asco de sí misma más y más insoportable—. ¡He caído, pues!

Y veníanle a la mente, con esa extraña asociación de ideas, hija de la lucidez enfermiza que sigue a algunos sacudimientos morales, las tremendas palabras de una meditación que leyera en los *Ejercicios*: «Cayó Judas y lo substituyó San Pablo; cayó Pelagio y lo substituyó San Agustín; cayó Lutero y lo substituyó San Ignacio»… Ella también había caído y la substituirían en el apostolado de la caridad, la misericordia y la pureza, muchas santas matronas que no mancillan sus canas ni abrevan la carne, consagrada por una unión legítima, en la ignominia de un nauseabundo comercio… Sí, «la mies es mucha y los operarios pocos»; mas el Padre celestial halla siempre siervos fieles que reemplacen a los que amaba, a los que le han traicionado… como ella le traicionó, haciendo con un hombre obra de concupiscencia, obra de fornicación, obra de carne…

«Cayó Judas y le substituyó San Pablo; cayó Pelagio y le substituyó San Agustín; cayó Lutero y le substituyó San Ignacio.»

Llegadas a este punto las reflexiones de la pecadora, fue tal y tan penetrante su angustia, que tornó a arrojarse al suelo, a retorcerse de dolor, lanzando alaridos, que no sollozos, desgarradores ante la Virgen, perpetuamente inmovilizada en su actitud de mística desolación.

VIII

Pegada a las losas de la capilla hallóla don Jacinto, que entraba con ánimo de rezar las oraciones preparatorias de la misa y, que no llevó flaca sorpresa al verla en actitud tan imprevista y con estremecimientos tales de dolor.

—¿Pero qué le pasa a usted, mi señora doña Francisca?

Esta, oída la voz del vicario, abrazóse por toda respuesta a sus rodillas, lanzando gritos de compunción.

—¡Padre —dijo cuando pudo decirlo—, escúpame usted, pisotéeme usted: soy la más vil de las mujeres!

El capellán la llevó dulcemente al confesonario; hizola que se arrodillara al pie de la reja, y sentándose en el sitial de roble y cuero, encajonado entre dos recias tablas, y apoyando su frente en la ventanilla, dijo las palabras previas:

—Que Dios ilumine tu espíritu para que hagas una confesión aceptable a sus divinos ojos. Reza el *Yo pecador*.

Rezado este por la penitente, añadió:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado original concebida —respondió aquella con voz opaca.

—¿Cuándo te confesaste?

—Hace ocho días.

—¿Cumpliste la penitencia?

—Sí, padre.

—Di tus pecados.

Larga, muy larga, dolorosa, muy dolorosa, fue aquella confesión en la que alternaban, ya la voz del arrepentimiento, ya la del orgullo, que intenta disculparse.

—No sé cómo fue, padre mío; sus besos me quemaron la sangre; no pude resistir; le aseguro a usted que no pude resistir; me apretaba, me oprimía sin piedad; tengo en los hombros y en los senos las señales de sus dientes… ¡Estaba loco! ¡Si hubiera usted visto su audacia y la fuerza con que me dominó! Fue tal la rapidez y el número de sus caricias que… todo lo olvidé, contagiada de su demencia… Cuando aquello acabó, me desprendí horrorizada, llena de azoramiento, de sus brazos, y él quedó allí retorciéndose como un energúmeno. Desolada, recorrí varias piezas, salí al corredor, bajé al jardín, sin darme cata de que estaba casi desnuda; el frío de la noche me lo advirtió, y subí, pero sin atreverme a entrar en mi alcoba: tenía un miedo espantoso de que me atrapara de nuevo… y, sin embargo —¡qué miserable soy! ¡me da vergüenza recordarlo!— sentía, sí; sentía… deseos de volver… ¡En mi guardarropa me eché encima los trapos que hallé a la mano, y me vine a la capilla, a llorar, a gemir, a morirme de vergüenza!…

—Hija mía —dijo don Jacinto cuando aquel alud de frases se hubo contenido, y con la indulgencia que halla humanas todas las caídas—, cálmese usted; no es usted impecable; es usted una criatura vil como todas… ¡Humíllese usted, abísmese ante la infinidad de su miseria! Cayeron los ángeles, cayeron los cedros del Líbano… ¡cuanto más usted, pobre mujer, cuanto más usted! Nada podemos por nosotros mismos, hija; nuestra sola fortaleza es Dios: *fortitudo mea Domine*… Por eso los santos desconfiaban de su debilidad y, en las grandes tentaciones, decían con San Pablo: *Omnia possum in Eo qui me confortat*…

—Mas ahora, ¿qué haré, padre?

—¡Qué hará usted! —exclamó el sacerdote, en quien se despertó súbitamente, al oír esta pregunta, el rigorismo del asceta—. En primer lugar, ya lo he dicho, humillarse; en segundo, expiar. ¡Ah! ¡No lo perdemos todo en nuestras caídas, hija, puesto que la infinita misericordia de Dios nos deja como supremo refugio, para salvarnos de la pena eterna, la santa mortificación a que dan valor infinito los merecimientos de Jesucristo! ¡Tome usted su cruz con denuedo, y siga al doliente Maestro por la vía de la amargura; ascienda usted con él al Calvario!

—Sí, sí —respondió la matrona con esa resolución que dan el remordimiento, la entereza de carácter y la severidad consigo mismo, cualidad esta última dominante en doña Francisca—, sí, lo haré y Dios no podrá resistir al

grito de mi contrición. Me ceñiré cilicios, me desgarraré con disciplinas, me extenuaré con ayunos, crucificaré mi cuerpo con Jesús mientras duren los días de mi vida miserable. Dice usted bien: la expiación es lo único que quizá pueda algún día reconciliarme conmigo misma, quitarme este asco profundo que me tengo… ¡Oh! ¡Dios mío, este asco, este asco insoportable!

La penetración del sacerdote descubrió en las últimas palabras de la penitente el grito del orgullo más que el de la contrición, e interrumpiéndola con gesto brusco:

—¡No, hija mía —observó—, no es eso lo que Dios quiere de usted! ¡La disciplina, el cilicio, el ayuno! ¡Formas… formas!… ¡La sed del tormento físico! ¡Orgullosa represalia contra el desmán de la carne! ¡No es eso, no es eso! ¿Desea usted expiar su pecado? Pues acepte desde ahora, incondicionalmente, sin una queja, sin un movimiento de rebelión, las penalidades que Dios le envíe. Él es el supremo compensador, y le ofrecerá los medios más adecuados para purgar su delito. Escogiendo usted la manera de atormentarse ¿no se complace quizá en la elección? ¿No obra por determinación de su propia voluntad? En cambio, aceptando lo que el Señor le envíe, abdica usted hasta de este último privilegio, sometiéndose toda a la voluntad divina, que obrará en usted su obra de redención. Sea usted ante los designios de lo alto como el barro en las manos del alfarero; sujétese en absoluto y de antemano a la disciplina celeste sin una sombra de resistencia, *perinde ac cadaver*. ¡Oh! ¡Dios elegirá sin duda esa expiación, hija mía, conforme a sus sapientísimos fines! Las contrariedades, las dolencias, las grandes humillaciones… ¡qué sabemos nosotros! Acaso —añadió con tono inspirado— acaso ese vil contubernio, perpetrado con grave olvido de usted misma, con gravísimo ultraje a Dios Nuestro Señor, no sea estéril… (la penitente se estremeció con rudo estremecimiento, y dejó escapar un sollozo de angustia). ¡Acaso tenga fruto… un fruto de ignominia: la más tremenda, la más espantosa forma de expiación, porque irán con ella el sarcasmo, el escándalo y la vergüenza!

—¡Pero eso sería horrible, padre!

—¡Y qué! El pecado ¿no lo es? Usted, ruin hormiguilla ¿se rebelará contra una humillación merecida cuando el Impecable sufrió que le llamasen hechicero y endemoniado?… Yo no digo que así será —prosiguió el sacerdote con voz más tranquila—; pero bien pudiera acontecer que el Señor la

hiriese en lo que más ha amado: en su reputación sin tacha de viuda honrada, y entonces… Él le daría fuerza para no ocultar esa gestación vergonzosa, para mostrarla… Sí, no se espante usted, alma pequeña: para mostrarla ante la mirada burlona de los suyos, de los que la vieron siempre sin mácula. ¡Oh, qué gran expiación! —y aquel hombre inflexible, prosélito inconsciente del inexorable Jansenius, sentía una oleada de pío entusiasmo— ¡qué gran expiación, hija!… Entonces sí que crucificaría usted con Cristo su amor propio, sus humanos respetos, su alma entera, que sangraría como sangraron las carnes del Maestro en el cruento holocausto. ¡Qué corona de gloria para la que sabe expiar así!… Yo no digo que eso será —repitió el extraño rigorista— pero si sucediese, si el Señor la acrisolara a usted de esta suerte… ¡qué mejor prueba de que la amaba con dilección inmensa, Él que jamás escatimó a sus siervos el oprobio!…

Y las palabras del tremendo profeta se realizaron.

IX

Profundos suspiros interrumpían la plática del confesor, que se oyó aún serena durante varios minutos, terminando con un:

—Diga usted el *Señor mío Jesucristo*.

Balbuceó la pecadora esta oración: supremo y doloroso grito de arrepentimiento, y por fin, en el silencio de la capilla, a la cual llegaban apagados y confusos los mil rumores de la ranchería, se escuchó, solemne, el

—*Ego te absolvo a pecatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritu Sancto*.

Don Jacinto se levantó en seguida del confesonario, y después de acercarse a la penitente y murmurarle al oído: «Ve en paz y ruega a Dios por mí», echó a andar hacia la sacristía para revestirse.

Aún hubiera permanecido la señora largo tiempo inmóvil junto a la reja, si no llega una criada que la buscaba por toda la casa para decirle que el niño Pascual estaba muerto, muerto de seguro, en el cuarto de ella, tendido cuan largo era en el suelo y arrojando sangre por boca y narices… La señora tuvo un estremecimiento espantoso, y con voz enronquecida ordenó a la fámula:

—Que vayan a Villarreal por el médico, y avisa lo que ha pasado al padre; allí está en la sacristía.

Después, con gran asombro de la sirviente, siguió orando.

El médico llegó solo para diagnosticar una hemorragia cerebral con inundación ventricular, ocasionada por alguna intensa conmoción fisiológica debida a la histeria mental. Pascualillo, víctima hacía tiempo de un eretismo del cerebro, era idóneo candidato para un fin semejante.

El muerto, en tanto, tendido ya en la vieja cama donde los padres de doña Francisca reposaron sus noches de amor, sonreía, con esa irónica sonrisa-mueca de los cadáveres, estereotipada, definitiva, que ya no cesaría, que continuaría en los maxilares descarnados, a través de los osarios, hasta que todo volviera al polvo de donde vino.

Esa sonrisa, su actitud de inmenso abandono ante la naturaleza y la mirada fija de sus ojos vidriados, que enturbiaba un humor viscoso, parecían decir con el mudo lenguaje de lo inmutable:

—He aquí que se ha disociado este accidental núcleo de fuerzas de mi existencia física… Ignotos ímpetus y tendencias hereditarias me llevaron, primero a la lujuria y después a la muerte… Yo no había nacido para amar el ideal y no hubo en mi espíritu un rinconcito donde el ideal se acurrucase… Una necesidad orgánica me impulsaba a apacentarme en el placer, y en él abrevé mi anhelo sitibundo… Ahora ya no desearé más, ya no sentiré más estremecimientos, ni me atormentarán más avideces. Digo a la podredumbre: «Tú eres mi madre»; y a los gusanos: «Vosotros sois mis hermanos y mis hermanas.» Ellos, a su vez, se apacentarán en mi carne y a su vez morirán, llevando algo mío a esa obrera incansable que se llama la tierra, y a esa incansable transformadora que se llama la fuerza.

Tal parecían decir aquel abandono supremo, aquella mirada fija y aquella mueca estereotipada, definitiva, que ya no cesaría, que continuaría en los

maxilares descarnados, hasta que el cuerpo volviese al polvo de donde vino…

X

En el silencio de la capilla, ante la Virgen de la Soledad, inmovilizada en su actitud de mística desolación, doña Francisca continuaba orando, con angustia y miedo, porque sentía sobre su espíritu, sobre su cuerpo, sobre su vida toda, que ya no sería sino un expiar incesante, la presión regeneradora, pero terrible y misteriosa, de la madre de Dios…

México, noviembre de 1896.

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce *Pascual Aguilera*, la primera novela de Amado Nervo, escrita en 1892 y fechada en México en noviembre de 1896, según el texto de sus *Obras completas* (volumen VI, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920), a partir del ejemplar de la Universidad de Toronto digitalizado por archive.org. Se incluye el prólogo del autor y su nota a pie de página.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del autor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web